



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

**MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS Y EDUCACIÓN
I PROMOCIÓN**

TÍTULO DEL PROYECTO DE INVESTIGACION:

**“El acto analítico y su relación con el deseo del analista en la dirección
de la cura.”**

**Previa a la obtención del Grado Académico de Magíster en
Psicoanálisis y Educación**

ELABORADO POR:

Miguel De la Rosa García

TUTORA:

Mayra Landívar de Hanze

Guayaquil, 26 de octubre del 2018



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo fue realizado en su totalidad por **Miguel De la Rosa García** como requerimiento parcial para la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis y Educación, I promoción.

Guayaquil, 26 de octubre del 2018

DIRECTORA DEL PROYECTO DE INVESTIGACION

Mayra Landívar de Hanze

REVISORES:

DIRECTORA DEL PROGRAMA

Dra. Nora Guerrero de Medina



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

YO, **Miguel De la Rosa García**

DECLARO QUE:

El proyecto de investigación **“El acto analítico y su relación con el deseo del analista en la dirección de la cura”** previa a la obtención del Grado Académico de Magíster, ha sido desarrollada en base a una investigación exhaustiva, respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan al pie de las páginas correspondientes, cuyas fuentes se incorporan en la bibliografía. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance científico de la tesis del Grado Académico en mención.

Guayaquil, 26 de octubre del 2018

EL AUTOR

Miguel De la Rosa García



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

AUTORIZACIÓN

YO, Miguel De la Rosa García

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la publicación en la biblioteca de la institución del proyecto de investigación de Maestría titulada: **“El acto analítico y su relación con el deseo del analista en la dirección de la cura”**, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, 26 de octubre del 2018

EL AUTOR

Miguel De la Rosa García

Cada vez que he intentado llevar a cabo una obra teórica, ha sido partiendo de los elementos de mi propia experiencia... Porque creía reconocer en las cosas que veía, en las instituciones con las que trataba, en mis relaciones con los demás, grietas, sacudidas sordas, disfunciones, emprendía una tarea de esta índole; algún fragmento de autobiografía.

“Est-il donc important de penser?” Michel Foucault

Índice

Introducción	2
Justificación	4
Problema de investigación.....	5
Preguntas de investigación.....	5
Objetivos.....	5
Capítulo 1: El acto analítico	7
La labor freudiana: la búsqueda del sentido de los síntomas	7
El análisis según Freud	8
La interpretación de los sueños.....	11
La transferencia: de Freud a Lacan	12
La interpretación a partir de Lacan	19
El inconsciente es un intérprete	19
El <i>Witz</i> y su relación con el acto analítico.....	21
La interpretación, ¿a qué apunta?.....	23
Los alcances de la interpretación y su olvido	26
Capítulo 2: El deseo del analista	28
El sentimiento del analista	30
¿Qué es el analista?	33
Acerca de la dirección de la cura.....	37
La formación del analista	40
El dispositivo del pase	44
Capítulo 3: El psicoanálisis, su aplicación terapéutica	50
Presentación de casos clínicos	52
Caso 1: Lo insoportable de la locura	53
Caso 2: Un grito tras otro	55
Capítulo 4: Marco metodológico	59

Enfoque metodológico	59
Método.....	59
Técnica	60
Sujeto de investigación.....	61
Cronograma de actividades.....	61
Conclusiones	62
Recomendaciones	63
Bibliografía	64

RESUMEN

Desde Freud es posible notar un deseo inherente a su práctica en la búsqueda del sentido de los síntomas histéricos. Concibiendo la transferencia como soporte de la interpretación de síntomas, sueños y lapsus, se formula la labor del analista como sostén mismo del análisis, alojando al sujeto en su singularidad.

La interpretación como es concebida por Freud, se fundamenta en el levantamiento de la represión y su principal vehículo es la palabra. Con Lacan la cuestión se complejizará al punto de cuestionarse sobre el estatuto mismo de acto analítico, sus incidencias en la transferencia y la participación del analista en ella.

Para dilucidar el estatuto del deseo del analista, es necesario considerar los dispositivos que promueven la formación del analista. La supervisión, el análisis personal y el trabajo en cartel ligado a la Escuela. Teniendo en cuenta que es una formación constante, siempre en torno a un vacío imposible de llenar.

La utilidad de la práctica analítica y en consecuencia del deseo del analista debe verificarse en la práctica clínica, considerando el caso por caso, tanto por las singularidades del sujeto que consulta como las singularidades del tratamiento mismo. La exégesis de los textos de Freud, Lacan y Miller, permitirán definir con claridad los conceptos: deseo del analista, transferencia y acto analítico, así como establecer su relación, para finalizar con la presentación de casos clínicos trabajados a partir de la casuística lacaniana, cuyo fin es demostrar la utilidad de aquellos conceptos.

Palabras clave: Psicoanálisis, Deseo del analista, Transferencia, Acto analítico.

Introducción

La elección del título de esta tesis varió en la medida que fue desarrollada. Sin embargo, el tema concierne a algo íntimo del autor y cuyo encuentro se enraíza en la dinámica de su propio análisis. El primer encuentro con el tema del deseo del analista parte al cernir la posición de trabajo con los desechos humanos, los desechos sociales y el trabajo de caridad que marcó su vida por varios años de colegio. Es también hasta el punto en que nota y acota su posición de goce en la escucha de más, una posición masoquista en la escucha de toda clase de injurias y comentarios de dudosa procedencia provenientes del otro en su calidad de desecho.

Es así que este trabajo toma su primera forma en la dinámica del cartel inscrito en las coordenadas de la Nueva Escuela Lacaniana Guayaquil (NEL – GYE), bajo el rasgo “¿Qué es un analista?” y cuyos frutos fueron expuestos en las jornadas locales de carteles.

Este trabajo se divide en cuatro capítulos, tres de ellos concernientes al marco teórico y el último al marco metodológico.

El primer capítulo se titula “El acto analítico”. El cual inicia con la perspectiva freudiana, tal como inició el psicoanálisis. Este se subdivide a su vez en “La labor freudiana: la búsqueda del sentido de los síntomas”, el cual plantea un primer índice del trabajo con la histeria y el concepto de inconsciente. Aquel acápite confluye en dos categorías de investigación, “El análisis según Freud” y “La interpretación de los sueños”. El primero de ellos se apoya de los textos sobre el tratamiento y los consejos al médico; mientras el segundo destaca la importancia de la interpretación de las formaciones del inconsciente para el psicoanálisis: su utilidad.

Como gozne entre la enseñanza de Freud y la de Lacan se encuentra el capítulo “La transferencia”, que recorre puntualizaciones sobre ambos autores, teniendo en cuenta que sin su establecimiento no hay posibilidad de ejercer el acto analítico. Las referencias lacanianas en este acápite corresponde esencialmente a las trabajadas en *El Seminario 8*.

Entrando en materia de psicoanálisis a partir de Lacan, el capítulo se instala en el subtema “La interpretación a partir de Lacan”, el cual se divide en cuatro acápites: “El inconsciente es un intérprete”, “El *Witz* y su relación con el acto analítico”, “La interpretación, ¿a qué apunta?” y “Los alcances de la interpretación y su olvido”. Lo que esta parte del capítulo intenta indicar es la relación que guarda el inconsciente con la interpretación, su resistencia en tanto cierre, pero también su apertura; y como esta llega hasta el olvido, pero cuyos indicios se conocen gracias a sus efectos, es decir, cuando esta cumple con el estatuto de acto.

El segundo capítulo se titula “El deseo del analista”. En él se introduce este concepto trabajado por Lacan, a partir de sus seminarios y escritos, con el fin de esclarecer su definición operativa. A su vez se ramifica en cinco acápites. En primer lugar “El sentimiento del analista”, en donde se realiza un estudio de las pasiones y aquel sentimiento que finalmente es operativo en análisis para la dirección de la cura. En segundo lugar “¿Qué es el analista?”, pregunta misma arraiga en el análisis personal, pero que además encuentra su soporte en los seminarios de Lacan a través de varias símiles relacionadas a la posición de desecho. En tercer lugar “La dirección de la cura”, que repasa los conceptos de interpretación y transferencia en tanto nociones éticas del analista a partir del texto lacaniano con el mismo nombre. En cuarto lugar “La formación del analista”, que recorre las propuestas de Miller en una relectura de Lacan en cuanto a la dinámica del análisis, cómo inicia, prosigue y termina; todo esto para dar paso al último acápite. En quinto lugar “El dispositivo del pase”, dispositivo creado por Lacan, en donde se pone a prueba la *hystorización* del analizado a través del cartel de pasadores y que convoca, tal como el psicoanálisis siempre lo plantea, a la singularidad de su elección y libre uso: no es para todos.

El tercer capítulo se titula “El psicoanálisis, su aplicación terapéutica”. El psicoanálisis inicia como terapia, no como literatura y bajo ningún concepto es letra muerta. Este capítulo concluye en la posibilidad de los efectos al situarse como una práctica que aloja la singularidad, da apertura a la palabra y tiene en consideración la dimensión de lo real. A más de una fundamentación teórica, se presentarán dos casos clínicos atendidos por el

autor, con los cuales se pretende demostrar la utilidad del psicoanálisis como práctica clínica.

El cuarto capítulo constituye el marco metodológico, en el cual se definirá el enfoque del trabajo, su método y las técnicas empleadas para la investigación. Por último se describirán las conclusiones del trabajo y las recomendaciones para futuras investigaciones de interés común.

Justificación

A raíz de los casos atendidos en el consultorio, tomando en consideración su singularidad y los impases suscitados en la transferencia, surge en el análisis personal del autor la pregunta ¿cómo sostener la dirección de la cura?

Al respecto de la pregunta dos consideraciones. En primer lugar, hay que reconocer que el analista se encuentra involucrado de lleno en la situación analítica, es partícipe de la transferencia tanto con su presencia como con su palabra, al punto de incidir en la singularidad del analizante. En segundo lugar, la figura del analista y los sentimientos que de esta desprendan son correlativos al fantasma del analizante, pudiendo plantearse el esquema de la transferencia como una equis del lado del analista, cuyo significado es cualquiera.

Entre la par transferencia y acto analítico, se debe añadir el concepto lacaniano “deseo del analista”, al cual se puede determinar como el soporte de aquellos dos. Se debe tener en cuenta que, este deseo operativo en un análisis no surge *ex-nihilo*; no se encuentra inscrito en los parámetros de la formación universitaria y muchos menos en las paredes de una institución. Es un deseo que encuentra sus raíces desde lo singular de cada sujeto en tanto comprometido con su formación que no cesa de inscribirse en torno a la falta.

Por esta razón, la pertinencia de este trabajo consiste en aportar con un recorrido teórico de los conceptos antes mencionados a partir de las formulaciones de Freud, Lacan y Miller, con el fin de causar el interés de estudiantes, psicólogos o psicoanalistas que reconozcan la enseñanza universitaria como escasa, homogenizante y fallida, al punto de requerir de otros espacios, encuentros y textos que reanimen y consoliden los lazos de

transferencia con el psicoanálisis que, en conjunto con la experiencia del análisis personal y la supervisión de casos, promueven un *work in progress* de la formación misma a partir de la singularidad de cada uno.

Problema de investigación

Un análisis se sostiene por medio de la dinámica de transferencia. La interpretación, en sus distintas modalidades, se sirve de ella para operar sobre la subjetividad del analizante. Si bien la dirección de la cura es labor del analista, ¿de qué manera podría hacerlo? Es con su deseo, que no parte de su singularidad, sino de la dinámica del análisis mismo. La interrogante a plantearse es la relación del acto analítico con este deseo no fantasmático: el deseo del analista y por ende, demostrar la utilidad de la práctica analítica que apunta al trabajo con lo singular, en contraste con las terapias conductuales que se enfocan en la inmediatez del tratamiento e implementación de protocolos, al costo de cercenar la dimensión subjetiva.

Preguntas de investigación

¿Es necesario que el acto analítico se sustente en el deseo del analista para ser efectuado?

¿Cuál es el concepto psicoanalítico que articula acto analítico y deseo del analista?

¿Será posible demostrar la utilidad de los conceptos: acto analítico y deseo del analista en la dirección de la cura de los casos?

Objetivos

Objetivo general

Establecer la relación entre los conceptos: acto analítico y deseo del analista a partir del marco conceptual psicoanalítico, para demostrar su utilidad en la dirección de la cura.

Objetivos específicos

Definir el concepto de acto analítico a partir del marco conceptual psicoanalítico.

Comprender el concepto de deseo del analista a partir del marco conceptual psicoanalítico.

Explicar la relación y utilidad de los conceptos: acto analítico y deseo del analista a partir de la presentación de casos clínicos.

Capítulo 1: El acto analítico

La labor freudiana: la búsqueda del sentido de los síntomas

A partir de las manifestaciones sintomáticas de las pacientes histéricas, Freud se deja enseñar e incluso entusiasmar, en algún punto de más, por aquello que estas le aportaban para desarrollar su teoría sobre el aparato psíquico. Abandonando la hipnosis, instaura el principio de asociación libre, con el cual el paciente puede y debe enunciar en sesión todo aquello que se le ocurra, sin emitir juicio alguno sobre aquello. Freud se percata del valor de los chistes, lapsus, actos fallidos y sueños como formaciones que comprometen al inconsciente. Por lo cual, estos al igual que los síntomas propios de una neurosis son estudiados por la teoría psicoanalítica pero además, al ser desplegados en sesión involucran al analista, es decir que son formaciones del inconsciente en transferencia y por lo tanto son interpretables.

Freud dedica largo tiempo al descubrimiento de la etiología de la neurosis, en especial de la histeria. En *Etiología de la histeria* (1896) se sirve de la símil del encuentro de unas ruinas por parte de un viajero para ilustrar el método de revelamiento de detalles sobre los síntomas, para ello marca dos posturas en relación a este encuentro: 1) contentarse con contemplar y seguir su viaje o 2) llegar con las herramientas para ir en búsqueda del sentido de las ruinas. En este punto Freud deja entre líneas un concepto fundamental que será desarrollado en posteriores acápites: el deseo del analista. Continúa hablando sobre el éxito que podría tener el viajero en su expedición si tomase la segunda postura: la revelación de que en aquellas ruinas y escombros se encuentran inscritos una lengua que puede ser descifrada y que guarda información sobre la historia de aquel lugar: ¡las piedras hablan!

La hipótesis freudiana sobre la etiología de la historia se remite a la vivencia de un trauma que ha dejado huellas en el aparato psíquico. Una primera postura sobre la cancelación de los síntomas consiste en la reproducción de la escena causal del trauma. Encontrará en la propuesta de Breuer sobre las condiciones necesarias para la causación de síntomas neuróticos (fuerza traumática e idoneidad determinativa) un punto de desconcierto, en tanto que la enunciación de la supuesta escena traumática suele ser inofensiva o carente de nexo directo con el síntoma. Tomará en

cuenta el valor del nexo para plantear que la primera escena enunciada por el paciente no puede cobrar sentido sino con otra que ha sido referida por asociación. Por ende, la resolución de un síntoma no compromete a la rememoración de un solo recuerdo, sino a la labor de desplegar por asociación libre una serie de vivencias no conscientes hasta el momento; compara estas asociaciones con las ramificaciones de un árbol genealógico.

En este mismo texto Freud se pregunta ¿hasta dónde pueden llevar las asociaciones de los pacientes? Planteará aquí un problema: la repetición de una o varias escenas dentro del entramado asociativo. Notará a través de sus pacientes que el valor de estas escenas suele deberse a que constituyen el punto nodal de la cuestión asociativa. Por ende, el trabajo asociativo conlleva a más de la rememoración de los hechos, la repetición de los puntos nodales y por ende la reelaboración de las escenas traumáticas. Hasta aquí se ha planteado el valor de la asociación libre, que si bien refiere al paciente, concierne también a la labor del analista en tanto lo permite y se sirve de esta para interpretar.

El análisis según Freud

En consonancia con la asociación libre, regla fundamental del análisis, Freud indicará para el analista el no fijar su atención en ningún dicho en particular, más bien prestar a todo cuanto escucha una atención flotante. Advierte en *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (1912) que la selección de un enunciado o recuerdo en lugar de otro podía corresponder las expectativas propias del analista, que finalmente terminan concerniéndole mayormente a él que al propio paciente. Pero que además, aquella intervención podría ser causante de la cesión de asociaciones. Vale tener en cuenta que en primera instancia algunos de los recuerdos enunciados por el paciente pueden ser comprendidos solo a posterior y por ende la atención flotante aporta a dejar en suspenso aquellos recuerdos, es decir mantener el inconsciente abierto para futuras elaboraciones.

Para esta labor Freud se interroga sobre los afectos del analista, habiendo hecho un recorrido por la utilidad del psicoanálisis y la ciencia, compara su actuar con la de un cirujano que deja de lado sus afectos para

concentrarse en su labor. Recalca que ante todo la función principal del analista debe estar referida a la dirección de la cura, para lo cual debe manifestar cierta frialdad que en tanto lo exime de involucrarse en la vida del paciente, crea las condiciones necesarias para prestarle socorro.

Freud es claro en indicar que cualquier afecto referido al paciente o a la técnica analítica, puede manifestarse como la mayor resistencia al tratamiento y un obstáculo para la cura. Señala Freud otro indicio del deseo del analista en la frase de un cirujano “Yo curé sus heridas, Dios lo sanó”. Es decir que el analista no atribuye en él ningún grado de omnipotencia de su saber y su labor, más bien le conviene desprenderse de él en el momento de la sesión y “acomodarse al analizado como el auricular del teléfono se acomoda al micrófono” (1912, p. 115), sin esperar demasiado sobre la efectividad de su palabra.

Añade Freud que tampoco conviene al analista “ponerse en un pie de igualdad mediante unas comunicaciones de su vida hechas en confianza”. (1912, p. 117) Lo que Freud advierte en este enunciado guarda relación con el lugar del analista en la transferencia. La primera parte del enunciado refiere a que la relación de igualdad no conviene al analista, en tanto aquella se interpreta en términos de amistad o fraternidad, incluyendo a los afectos negativos que podrían suscitarse de dicha relación. Es por esto que introduce además la necesidad de que las sesiones tengan un costo. Aconseja no ofrecer tratamientos gratuitos y es radical en este aspecto, pues según sus observaciones, esto genera desinterés en el paciente en proseguir con su análisis, levantando las más fuertes resistencia hacia la figura del analista.

Por otro lado, sobre la comunicación de la vida del analista durante las sesiones, Freud recalca desconocer la efectividad de esta técnica. Sin embargo, plantea que las asociaciones producidas por el paciente serían consecuentes a las comunicaciones hechas a raíz del interés del analista, es decir, que estas ocurrirían por sugestión y no por libre asociación. Además, estas comunicaciones bien podrían hacer de tapón para las asociaciones del paciente, quien podría perder el interés de su análisis para más bien conocer el de su analista. Debido a estos argumentos dirá que el analista será “como

la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado". (1912, p. 117) Por ende, las interpretaciones del analista surgen no a partir de su fantasma, sino de lo que el mismo paciente revela sobre sí.

Si bien la regla fundamental del análisis invita al paciente a hablar de todo lo que se le ocurra obviando toda crítica, no es inusual que en la iniciación del tratamiento un paciente intente obviar la comunicación de ciertos pensamientos de carácter penoso y, que a pesar de la indicación sobre la dinámica del análisis, el paciente sienta la tentación de obviarlo empleando otros medios. Es necesario desaconsejar que el paciente prepare previamente lo que va a ser dicho en sesión; al igual que mantener conversaciones acerca de la misma con un amigo o familiar, pues esto no hace más que favorecer a las defensas del yo y que la represión cumpla con su trabajo de mantener las raíces del síntoma en el inconsciente. La asociación es libre, espontánea, con sus trabas y resistencias.

Se pregunta Freud en qué momento un paciente se encuentra apto para las escuchar lo que el analista tiene para comunicarle según sus reflexiones sobre el sentido de sus síntomas – se verá más adelante que Lacan es crítico de esta táctica – y se responde: al momento de haberse establecido una transferencia operativa. Recalca que esta es la meta de un primer momento de las entrevistas, a más de la labor diagnóstica; hay que recordar que para Freud los pacientes psicóticos, bien sean paranoides o dementes precoces, según su criterio, no son aptos para el método analítico que propone y el analista no tiene el compromiso de asegurar su curación. Es bien conocido que Lacan dirá lo contrario, propondrá no retroceder ante la atención de pacientes psicóticos, instaurando una relación transferencial al estilo de secretario del alienado.

A más de los síntomas, ¿de qué otros mecanismos se sirve el inconsciente para manifestarse? ¿Cómo accede el material reprimido a la conciencia, aunque esta no resulte cancelada por completo? Entre las manifestaciones descritas por Freud se encuentran: los sueños, el chiste, los lapsus y los actos fallidos. Lacan no duda en calificar todas estas formaciones bajo el estatuto de síntoma, pues le parece que el síntoma es todo aquello

que esconde una paradoja, se presenta bajo la forma de una máscara y que por ende, es analizable. De entre estas formaciones, los sueños cumplen un papel fundamental en la obra psicoanalítica, en tanto su interpretación rompe con los esquemas establecidos previamente, pues Freud lo enlaza con el deseo, es decir, con lo singular de un sujeto.

La interpretación de los sueños

Freud En su texto *La interpretación de los sueños* (1900), se refiere al sueño como una formación de compromiso íntimamente vinculada al estado de vigilia, pero cuyo contenido no se limita a las representaciones conformadas en lo vivido al día anterior de la manifestación del sueño, sino que incluye impresiones infantiles que en la vida adulta podrían catalogarse de absurdas y triviales.

En busca del valor del sueño, Freud afirmará que este contiene un significado oculto que puede ser descifrado, pero que aquel no corresponde a un sentido universal definido en un diccionario de sueños, ni a la búsqueda de un contenido análogo y comprensible, como en el caso del sueño de las siete vacas flacas y siete gordas interpretado por José al Faraón. Dirá “El sueño es un cumplimento (disfrazado) de un deseo (sofocado, reprimido)”. (1900, p. 177)

Más allá de las resistencias que haya generado la propuesta freudiana y la insistencia de contraargumentos ejemplificando la presencia de sueños en niños y los sueños de angustia, Freud intenta demostrar el carácter interpretable de los sueños en tanto productos del inconsciente y regido por sus principios. Para su formación el sueño se sirve de dos mecanismos: la condensación y el desplazamiento. Es así que un sueño puede corresponder a una sola imagen, ser descrito en una frase, pero para su análisis, aquella frase exige una puntuación, con el fin de encontrar su sentido, el cual podría ser hasta seis u ocho veces más extenso que el mismo enunciado y aun así, es posible que no se llegue por completo a su comprensión, que quede algo del sueño que escapa a la interpretación: el ombligo del sueño.

En consecuente, en el sueño se figuran dos tipos de contenido, que no dejan de corresponder a una misma vertiente: la del cumplimiento de un

deseo. Por un lado, la imagen visual o acústica con la cual se presenta el sueño, es decir el contenido manifiesto, y por otro el contenido latente, cuyo desciframiento revela la verdadera intención del sueño. Para la interpretación del contenido onírico, Freud recomienda tomar al sueño tal como se haría en el análisis de un síntoma propio de una neurosis, es decir, que el analizante debe adentrarse a la experiencia de la asociación libre, renunciando a la crítica de sus pensamientos. Pero además, dirá que es necesario no tomar en el análisis al sueño como un todo, sino descomponerlo en sus partes, lo cual corresponde a “una interpretación *en détail, no en masse*¹” (1900, p. 125)

La transferencia: de Freud a Lacan

El valor del método analítico se fundamenta más allá de sus principios sobre la técnica, que en nada intenta ser objetiva, en tanto parte de un contexto subjetivo. Es la consideración sobre los afectos desplegados en análisis lo que resulta ser el nódulo de la práctica psicoanalítica. Cuando se habla de que cada análisis, inclusive cada encuentro con el analista, es único, es porque de por medio se encuentran los afectos, el despliegue de lo singular. Podría resumirse en esta fórmula: no hay análisis sin transferencia. Transferencia hacia la figura del analista, pero también hacia el dispositivo. Nadie llega a una sesión sin cierta expectativa o referencia sobre el analista o el tratamiento, bien puede ser esto una primera resistencia o más bien una apertura del inconsciente para que la transferencia empiece a instalarse.

Freud en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (1912) iniciará indicando que cada sujeto, bien sea de manera innata o bajo el influjo de experiencias infantiles tendrá cierta disposición hacia los afectos. Al momento de la obra psicoanalítica se encuentra aún bajo la influencia de la biología, tal es así que años más tarde Freud desarrollará las series complementarias para explicar la etiología de las neurosis, en donde una vez más se encuentra referencia hacia lo innato, genético, pero sin estancarse en aquello. Retomando hacia el punto central de la cuestión de los afectos, Freud alega que aquella disposición se desarrollará en conjunto con la vida del sujeto, la cual se desplegará en la medida en que el encuentro con los objetos

¹ Interpretación en detalle, no en masa.

de amor y la realidad objetiva lo consientan. Freud habla ya de objetos revestidos de amor, más no de relación entre un sujeto y otro sujeto. No hay tal relación. Es la premisa que Lacan desarrollará más tarde y en la cual involucra también al inconsciente.

Ahora bien, aquella disposición afectiva no queda plenamente registrada a nivel consciente. Sucede que si bien encuentra su frustración en la realidad objetiva, esta se satisfará en las fantasías, podría incluirse aquí otras formaciones inconscientes, tales como los sueños. La cuestión consiste en que aquella fantasía se encuentra más que cargada de afecto será de libido. En cuanto mayor sea la frustración del pleno desarrollo del afecto, el sujeto quedará inmerso en una regresión de la libido, es decir, la libido se replegará sobre el propio cuerpo, buscando así su satisfacción en él.

Tanto libido como afectos son transferidos en el dispositivo analítico hacia el analista. Aquella investidura depende de los imagos infantiles, no exclusivamente de las figuras de los padres, pueden ser otras que tengan una significación particular. Desde allí Freud notará que la transferencia puede bien ser condición de éxito para la cura al igual que “la más fuerte resistencia al tratamiento”. (1912, p. 99) Califica de resistencia a la imposibilidad del sujeto de comunicar sus ocurrencias hacia el analista. Freud plantea como solución esclarecer al paciente que al momento estas ocurrencias faltan debido a un sentimiento ligado hacia el analista que le es difícil tramitar y transmitir. Plantea que es necesario que un análisis logre levantar las represiones de un sujeto para acceder a la cura. Sin embargo, añade que las resistencias están presentes en todo momento.

Pareciese que si bien, del lado del paciente, hubiese una urgencia por la cura, la resistencia sería aquella fuerza que contraría la meta: el enfermo no se quiere curar... del todo. ¿Qué hay allí? Con Freud podría decirse que una satisfacción ligada a la pulsión de muerte; con Lacan una plusvalía de goce. Es así que, cuando se bordea la cuestión de la enfermedad, aquel núcleo patógeno, es usual que surjan una serie de resistencias a la comunicación; tal es así que se olvide o cancele citas, o que al llegar se cuenten novedades desfigurando el material a relatar o más bien se

permanezca en completo silencio. Todos estos son fenómenos a causa de la transferencia en su modalidad de resistencia, más bien dicho: la transferencia como resistencia al tratamiento. Pero vale indicar que la resistencia al tratamiento, es una resistencia hacia la figura misma del analista, es una resistencia que lo involucra por completo.

Retomando el punto antes mencionado sobre los sentimientos hacia el médico, Freud agregará que la resistencia surge cuando alguno de los afectos experimentados, conciernen al campo de lo sexual. Este es el plano de la transferencia erótica. “Es claro que se vuelve muy difícil confesar una moción de deseo prohibida ante la misma persona sobre quien esa moción recae”. (1912, p. 102) A partir de este punto describirá la diferencia entre la transferencia positiva para el análisis, de la negativa. Clasificando la positiva en tierna y erótica, no sin indicar que si bien al análisis conviene la cuestión tierna y se llegase a ella, no se debe esperar que la cosa se mantenga tal cual durante todo lo que dure el tratamiento.

Nada le impide decir que bien la transferencia erótica se encuentra velada por la de sentimientos tiernos. Es así que aquel ser de máximo respeto, estima y admiración, podría corresponder en el inconsciente y para aquel, un objeto con carga sexual; lo cual equivale a un objeto con el cual se satisface la libido, aun cuando sea por medio de la fantasía, tal como se había mencionado previamente. “Las mociones inconscientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconsciente”. (1912, p. 105)

¿Cómo entender la resistencia hacia el tratamiento y cómo debería obrar el analista con aquello? No se trata, de ninguna manera, de provocar que aquel sentimiento sexual se cancele, ni que comprenda el fenómeno a través de la literatura psicoanalítica. En ambos casos la operación convendría ser catalogada como sugestión, con la cual no opera el analista. No es nada sencillo tampoco el decir que lo que conviene es levantar las represiones del analizante, si bien al momento lo que ocurre es que existe una dificultad para cumplir con la regla de asociación libre. Lo que conviene al analista recordar

que aquellos afectos son parte del tratamiento y que su ser está destinado a ser soporte de la dirección de la cura. Por ende, no son bien sentimientos que el analista despierta en tanto se trata de una relación amorosa real, sino que se actualizan, se repite en él en tanto semblante, y estas corresponden a mociones de carácter infantil no recordadas, ni conscientes por el sujeto.

Lacan en *El Seminario 8* ilustra mediante las figuras de Platón y Sócrates la relación entre el amor y el saber. Sin quedarse en aquello, se tendrá en cuenta la función del *eros* en relación con el análisis. Se debe decir sobre “la transferencia que de ninguna manera... deben plantear como primer fin de su acción el bien... de su paciente, sino precisamente su *eros*.” (1960, p. 18) El Soberano Bien el analista no lo tiene, por eso no puede dirigir su acción hasta ese punto. Al referirse al *eros* quiere decir al amor, el amor de transferencia. Tomando en cuenta a Freud, se debe poder suscitar una transferencia positiva, para ser recipiente de aquello que el sujeto despliega en el dispositivo analítico. Esto no porque el analista desee ser amado, ni que se apunte a propagar el amor según Platón, esto sería un gran malentendido y diría más del analista en cuestión que del psicoanálisis en sí; más bien suscitar el *eros* para servirse de él. Servirse de él con el fin de apuntalar a la cura.

Para Lacan “el amor es un sentimiento cómico... es dar lo que no se tiene”. (1960, p.44 - 45) En este sentido involucra una relación de a dos, en donde el amor está de por medio. Por un lado el amante y por otro el amado. El amante es por excelencia el sujeto de deseo, es un sujeto que desea una cosa aún sin saber bien que es aquello que causa su deseo. El amante es un sujeto deseante en tanto algo le falta, en tanto confrontado a la castración; sin saber de manera consiente que lo que desea a más de no ser, corresponde al estatuto de objeto: desea un objeto, pero este en sí está completamente perdido y solo se logra encontrar sustitutos. El amado es aquel que algo tiene y que en tanto tiene, figura como agalma para el amante, lo causa. Es tal la relación entre el analizante y el analizado. El analizante es el sujeto de deseo. El analista apunta con su interpretación que este deseo surja, algo tiene que es enigmática pero que hace con su presencia que sea la causa de su deseo. Esta es también una noción de deseo del analista.

Siguiendo esta línea, Lacan ilustra con Platón a través de *El Banquete* como aquel que desempeña con su presencia la función del analista, en tanto su pensamiento no está medio dicho, es algo oculto y por ende tiene un estatuto de enigma, el cual no deja de causar efectos; es el estatuto de agalma. Es entonces que el amado está en calidad de objeto, el agalma es el objeto causa de deseo. La cuestión está en que si en análisis un objeto es sobrevalorado, es idealizado de más, tal como en el caso del amor en la neurosis obsesiva, se vuelve inalcanzable, se ama tanto que aquel valor, se torna en resistencia para el tratamiento.

En este punto, para Lacan la transferencia equivale a la repetición. Desde Freud, la transferencia se encuentra vinculada a la historia del sujeto, a su pasado, el cual es descubierto en la medida que avance el análisis. La transferencia y la interpretación se encuentran íntimamente relacionadas, a tal punto que la acción de una afecta a la otra. No hay interpretación sin transferencia, ni lo contrario. Con la transferencia, la palabra encuentra su sostén y gracias a ella, esta tiene efectos sobre el analizado, siempre bajo la vertiente de que es no toda. “Si el analista analiza, interpreta e interviene en la transferencia, tiene que ser desde la posición que la misma transferencia le otorga”. (1960, p. 202)

Aquí está la cuestión que se mencionaba anteriormente: el analista se sirve del amor de transferencia, del lugar que le otorga el analizante de manera no consciente. La realidad de la transferencia se constituye como “la presencia del pasado”. (1960, p. 202) Es el pasado del analizante vivido en presente dentro de la relación transferencial. Es una reproducción, que no se fundamente en una vivencia pasiva del hecho, sino en la medida en que hay algo que se crea. Es una presencia que se distingue por tener la calidad de acto, acto en tanto analítico.

Al ser la transferencia algo que se crea, tiene entonces el estatuto de ser una ficción. No es algo en lo que se cree, sino que se crea. Es un vínculo que se crea con un fin y que se dirige hacia una persona, en calidad de objeto. Tomando como ejemplo la relación entre Sócrates y Alcibíades, puede interrogarse si Sócrates sabe del todo el alcance de su palabra. Lo que si

puede entenderse en su acto es que su deseo se encuentra habitado por el hecho de apuntalar al deseo puro de sus interlocutores. En la manifestación del deseo del Otro se puede encontrar el resorte para instaurar el amor. “Sócrates desea, él no lo sabe... en esta medida Alcibíades es poseído... por un amor del cual puede decirse que el único mérito de Sócrates es designarlo como amor de transferencia y remitirlo a su verdadero deseo”. (1960, p. 207)

El deseo que habita al analista no corresponde a su deseo como sujeto. La expresión de su deseo correspondería a la noción de la contratransferencia. Es así que desde Freud se podría decir que “cualquier represión no solucionada en el médico corresponde... a un «punto ciego» en su percepción analítica.” (1912, p.115) y con Lacan que “todo lo que en el analista representa su inconsciente en cuanto... no analizado, ha sido considerado nocivo para su función y su operar como analista”. (1960, p. 210)

Es por esto que aquel que opera como analista, ha de haber llevado su análisis lo suficientemente lejos como para no dejarse seducir por las pasiones de su fantasma y que estas hagan obstáculo en el tratamiento con sus analizantes. Sin embargo, el punto de culminación de un análisis no significa quedar desabonado del inconsciente, sería una locura tan solo pensarlo; Joyce fue un desabonado del inconsciente y prescindió de un análisis para darle tratamiento al goce elevando su nombre, su *sinthome*, al estatuto del escabel. El inconsciente nunca queda elucidado por completo. Si bien el inconsciente se estructura tal como un lenguaje, conlleva también un punto de real; basta el ejemplo sobre el ombligo del sueño.

Si no se trata de elucidar el inconsciente, ¿entonces de qué se trata? Lacan dirá que de estar advertidos de él, de aquello de lo que se goza, de aquellos puntos de repetición comandados por el fantasma de cada quien. Por ende, hay en el inconsciente una reserva, un residuo imposible de negativizar y el sujeto queda advertido de ello. Lo que debe intentar es de “jugar con ella como un instrumento, como con la caja de un violín cuyas cuerdas... posee”. (1960, p. 211) Es decir, que su análisis le permite dejar de experimentar su inconsciente como Otro, como si fuese este discurso del amo que comanda su actuar, para alcanzar cierto grado de dominio sobre él.

Lacan se plantea aquí cierta pregunta sobre el analista y las pasiones, la cual consiste en la posibilidad del analista de experimentar sentimientos hostiles frente a un paciente, aun cuando este se encuentre bien analizado. A continuación de tal pregunta añade que mientras mayor sea su análisis, será más frecuente que experimente también una serie de sentimientos que oscilan entre el amor y el odio, la atracción y la repulsión. Es cierto que si se deja guiar por estas pasiones dentro del dispositivo, deja de operar como tal; este punto se ilustrará cuando se hable del analista en comparación con el santo.

La cuestión sobre el deseo del analista consiste en que si bien representa cierta apatía – se verá más adelante que más bien es el desapego – hacia su analizante es por estar “poseído por un deseo más fuerte que aquellos deseos de... tomarlo en sus brazos o tirarlo por la ventana”. (1960, p. 214) Poseído en tanto si bien tiene una posición ética en su actuar, como se decía previamente, el efecto de su palabra es comprendido solo a nivel de la transferencia y por ende, esta excede su mera presencia. Es lo que Lacan llama en el analista como una mutación de la economía en la que habita su deseo. Por ende, el analista debe tener en cuenta “en su información y en su maniobra, los sentimientos, no que él inspira, sino que experimenta en el análisis...” (1960, p. 217) Esto implica que el analista deberá revisar también en su análisis en conjunto con la supervisión si su actuar no se encuentra comandado por su fantasma, lo cual ha cegado su actuar en el destello de lo singular de sus analizantes.

La transferencia implica que el analizante proyecta sobre el analista una serie de sentimientos que involucran también frustraciones y *actings*, pero tal como se menciona a partir de Freud, el analista es destinatario de aquello no sin ser más que un semblante de imagos infantiles. La precisión que realiza Lacan sobre la contratransferencia es que no se trata de situar un sentimiento de culpabilidad sobre el analista, más bien de saber, de estar advertido de que aquel fenómeno es posible de suscitarse en un análisis. No se trata de que él comprenda, ni pretenda que el analizante comprenda el fenómeno, basta con que lo sepa y haga uso de los dispositivos que el psicoanálisis mismo tiene a su disposición. Su comprensión debe ponerla en duda, al igual que su saber, porque si comprendiese de más, se ciega su actuar.

Lacan concluye diciendo que se debe desconfiar del término contratransferencia como tal, pues el analista se encuentra de lleno implicado en la relación con el analizante; esta es una idea que se repetirá más de una vez a lo largo del trabajo, porque permitirá ubicar la posición que el analista toma en el análisis para direccionar la cura. El sujeto que llega a análisis le demanda su actuar en busca de algo, que si bien no sabe con precisión de lo que se trata, concierne a su destino. En un primer momento del análisis lo que se encontrará es la defensa, el inconsciente no suele estar abierto de entrada. ¿Cómo lograr su apertura? Para esto se recalcará que en la función del analista está implicada la dimensión del acto, por ende de su interpretación convertida en acto.

La interpretación a partir de Lacan

El inconsciente es un intérprete

La noción freudiana de inconsciente se encuentra fuertemente ligada al mecanismo de la represión. Es el descubrimiento freudiano por excelencia. Aquel mecanismo, constitutivo de la neurosis, ejerce su dominio sobre ciertos procesos psíquicos que pueden leerse en la *Carta 52* (1886). Si bien memoria y conciencia se excluyen, no es por simple naturaleza, sino debido a la intervención del mecanismo de la represión. Al hablar aquí de memoria se refiere netamente a lo inconsciente: la memoria equivale al inconsciente. El material psíquico desalojado de la conciencia se encuentra cifrado en el inconsciente. Este material ha caído bajo la influencia de la represión a causa de la cantidad de displacer experimentada. Sin embargo, no todo recuerdo displacentero cesa de vivirse, según esta carta, en tanto más sea recordado aquel suceso, mayor es la probabilidad de que aquel se inscriba como inhibición para el aparato psíquico.

A partir de que introduce lo sexual como determinante en la vida psíquica, Freud confronta al psicoanálisis con un imposible de negativizar, del cual aún no estaba advertido. Recalca como causante de las neurosis la vivencia de un trauma alrededor de un suceso de índole sexual, cuyas huellas quedan inscritas en las profundidades del inconsciente. Según Freud, si aquella vivencia es experimentada con un monto de displacer caerá bajo el proceso de inhibición del pensamiento y por ende se constituirá como un

recuerdo que sucumbirá ante los principios de la represión. De lo contrario, al ser experimentada con placer, se procederá a la compulsión, es decir, a la búsqueda inconsciente de volver a vivir aquella experiencia; vivencia imposible de alcanzar.

¿El inconsciente estaría dado de entrada para el sujeto? Si se tomase como ejemplo la primera experiencia de satisfacción de un sujeto, podría ubicarse aquella respuesta. ¿Cómo situar el principio? Un sujeto, antes de ser considerado como tal, es un cuerpo, un cuerpo agitado por un cúmulo de sensaciones que no puede dominar. Sus gritos son carentes de sentido, es puro goce. El grito que se transforma en demanda debido a la mediación del Otro, al cual podría llamarse materno. El Otro acude en tanto le es posible. En sus ausencias se construye también el sujeto: su cuerpo, la distancia, el interior y exterior, el inconsciente. El grito es convocado por una necesidad que se siente en el cuerpo, con la mediación del otro se convierte en una demanda y, con sus ausencias en deseo. Y por ende, aún sin saberlo, Freud introduce la pérdida de un objeto que convoca un real al decir que nunca podrá volverse al vientre materno. Es una metáfora, se refiere a la completud del ser. Desde allí, es posible notar la dimensión de objeto a que Lacan construye y que concierne al lugar del analista en tanto semblante. Esto se desarrollará más adelante.

Lacan sigue la enseñanza de Freud y será en *Función y campo de la palabra* propondrá que el inconsciente se encuentra estructurado como un lenguaje. Esto implica al par significante y significado. El significante como tal no tiene significado alguno, por lo tanto su condición es real, es palabra vacía. En la medida que se aparee con otro significante, este tendrá una significación, que corresponde a la dimensión imaginaria. Aquel proceso en donde se constituye una cadena significante es de orden simbólico. En este texto, para Lacan toda palabra convoca una respuesta, aun cuando esta respuesta sea la del silencio. Está diciendo que la función del lenguaje atañe a la comunicación. Por lo tanto, en análisis el inconsciente una vez que es comunicado al analista demanda ser interpretado. Busca su verdad, aunque está en un principio sea experimentada como un lugar vacío.

Hay una frustración que se evidencia en la comunicación y más aún en el contexto del dispositivo analítico. Un sujeto puede vanagloriarse de tener las más audaces anécdotas para comunicar a su analista, pero al verse enfrentado a este, se le escabullen y no pronuncia más que palabras vacías. ¿Es acaso una resistencia? Más bien, Lacan en este texto se ocupa de responder aquello planteando que pareciese haber una frustración inherente al discurso, puntualmente al lenguaje. Un real en el lenguaje mismo.

El *Witz* y su relación con el acto analítico

Aparte de los sueños y los lapsus, el trabajo freudiano sobre *Witz*² es harto extenso. A más de equiparar el mecanismo de formación del chiste con el del sueño, lo desapega de su estatuto de obviedad en tanto a la noción de lo cómico. El chiste se equipara a la técnica y lo cómico es su efecto. Se pregunta por su función y concluye en esta como una liberación de placer, tanto para quien lo enuncia como para quien lo escucha. Es así, que en la estructura del chiste se encuentra: al chiste mismo, quien lo enuncia y quien lo escucha, el Otro, siendo este quien se encarga de, con su risa, afirmarlo como tal y efectuar lo cómico. El efecto mismo del chiste es su direccionalidad hacia el Otro, su efecto acaba en él una vez que lo sanciona. Por esta razón, en las psicosis no hay chistes, porque se queda en el campo del Uno, no pasa por el Otro; el sujeto prescinde de su efecto de comicidad.

¿En qué consiste la técnica del chiste? Si sus mecanismos de formación son condescendientes con los del sueño, se estaría afirmando que corresponden a los mecanismos de condensación y desplazamiento, pero esto no es suficiente. Freud distingue tres tipos: por condensación, la múltiple acepción y el doble sentido. De estos tres tipos se desprenden subcategorías que pueden ser leídas en el segundo y tercer acápite de la obra *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905). Lo que al momento interesa corresponde a la precisión sobre el ahorro intrínseco a la técnica.

Si un chiste es largo, empuja entonces a la reflexión y por ende carece de noción cómica; no produce placer en el oyente y su formación conlleva un gran gasto psíquico para quien lo enuncia, por lo tanto no cumple con su

² Witz: chiste, más no lo cómico.

objetivo en tanto liberador de tensión. Más bien, un chiste debe ser breve. En los chistes formados por condensación se encuentran las formaciones de palabras mixtas, algunos de los ejemplos encontrados son: *famillionario*, *anedotage*, *alcoholidays*, en los cuales se cumple el principio de brevedad y ahorro.

Miller en *Apología a la sorpresa* (1996), reactualiza la noción del *Witz* afirmando que en él debe incluir una dimensión de la sorpresa, de lo inesperado; tal como aquel que en búsqueda de eximir sus pecados se confiesa, pero al hacerlo no recibe palabras de apaciguamiento, sino un mensaje al revés: usted es un pecador, ladrón o mentiroso, etc. Es decir, que recibe lo que no espera. En una sesión analítica, el sujeto algo espera, pero lo que espera no es precisamente lo que recibe.

He aquí el punto en el que confluyen el *Witz* y la interpretación analítica que apunta al aislamiento del cogollo y es que “no hay interpretación analítica sin una separación en relación a la espera”. (1996, p. 41) Lacan lo enuncia en *El Seminario 5* al afirmar que toda formación del inconsciente tiene su esencia en el fundamento de la sorpresa. No es accidente, el accidente es equivalente a la contingencia, aquello que escapa de las posibilidades de dominio del sujeto y su inconsciente. Más bien, se refiere a sorpresa en tanto emerge como tal en un triunfo del inconsciente liberado de una porción de la represión y cuya perduración depende de la simbolización que se haga de ellos, igual dimensión se puede leer al hablar del deseo.

Pero hay otro elemento en el cual ambos conceptos comparten estructura: en su extensión. Para esto, Lacan debate sobre el problema de la sugestión y la importancia de la transferencia en un análisis, afirma “...la interpretación ha de basarse esencialmente en el manejo del significante – lo cual requiere que sea breve”. (1957, p. 453) ¿Por qué la necesidad de que esta sea breve?

La interpretación busca ser breve, porque al volverse extensa, pierde su carácter analítico y se vuelve una explicación comandada por la sugestión y buena comprensión, que no cancela ningún tipo de represión sino que “refuerza al Yo y refuerza sus síntomas” (Chamorro, 2017, p. 15), lo cual se

atiende como una compactación de su narcisismo, pero más bien lo que se busca es conmover la relación del sujeto con su narcisismo.

Con Miller (2012, p. 374) en *Lo que hace reír*, podría añadirse que la equivalencia entre el *Witz* y la interpretación es que en ambos casos se trata de un elemento que sorprende, que no es el mismo de la serie y que por lo tanto: es nuevo. Es así que se puede comparar a la interpretación con el salto de un león hacia su presa. No se trata únicamente de si no saltó, sino de que si lo hizo y su presa se marcha, el león no podrá repetir el salto; podrá perseguirla, pero esto no suele tener buen presagio más que el hecho de que quizá termine cansado y se le escapen otras presas.

La interpretación, ¿a qué apunta?

¿Cuál es la lógica que opera en la interpretación analítica? En primer lugar se debe decir que Lacan es crítico de la interpretación freudiana. Toma como ejemplo lo acontecido con Dora y califica las intervenciones de Freud como erradas. Se había mencionado previamente que Freud pensaba en comunicar al paciente las reflexiones sobre sus dichos, nada le parece a Lacan más directivo. Le parece además, que muchas de aquellas intervenciones dependían de su desconocimiento en materia de psicología y por lo tanto eran erradas. Freud le indica a Dora su amor por el Sr. K y cuando lo hacía dictaba un veredicto, era la “interpretación-veredicto”. (1958, p. 330) Le parece más bien, que un sujeto llega a análisis con todo un entramado simbólico singular y teniendo conocimiento de algo de ello, el analista está para captar las relaciones y puntos de detención de su desarrollo. Está allí para emitir un juicio, una sanción, no a nivel de lo verdadero, sino teniendo en cuenta que su interpretación tiene el valor de x.

Lacan indica que la interpretación “opera únicamente por el equívoco” y en cómo es necesario que “haya algo en el significante que resuene”. (1975, p. 18) En ese resonar, Lacan se refiere a que algo del significante toque el cuerpo del sujeto y para ello, este debe ser sensible a su operación. Del cuerpo remarca su condición de ser sensible al significante, sin entrar en detalle de si lo perturba o lo consuela, en la medida que este se encuentra lleno de agujeros y se centra en la fisionomía de las orejas: nunca se cierran.

Ahora, que la interpretación se sirva del equívoco, remarca algo que podría ser evidente, pero no deja de ser necesario plantearlo: el sentido lo articula el analizante y no el analista. Del lado del analista este debe cuidarse de querer anticipar cualquier sentido, puesto que esto da cuentas de una intervención actuada desde el fantasma particular.

El analista busca hacer escuchar el equívoco al analizante, en la medida que logra cernir el sentido. Es decir, “retener el S2” en la medida que se consigue “cernir al significante como fenómeno elemental del sujeto” (Miller, 1996, p. 11) lo cual concibe como previo a toda formación del inconsciente que podría revertirse en una vuelta a la defensa del Yo. Es aquí que Chamorro indica la necesidad de un corte, “...cuando está en una sesión analítica avanzada no la dosifico, insisto y corto la sesión (...) no la dejo volver al reconocimiento de su Yo, de su problema”. (2017, p. 14)

Lacan en *El Seminario 20* precisa desembarazar al lenguaje en su privilegiada función de comunicación al introducir la noción de lalengua, como aquello que concierne a los laleos iniciales. E indica que lalengua no sirve para comunicar, sino para gozar de él y con esto remite a que el lenguaje es entonces “elucubración de saber sobre lalengua” (1972, p. 167), lo cual recubre el cuerpo, lo significa y el sujeto pasa de estatuto del ser un cuerpo, como un organismo más, a tenerlo y poder hacer uso de aquel.

Esto introduce otra dimensión de la interpretación, que Miller retoma, la cual consiste en el silencio del analista:

El analista calla y allí su silencio es, sépalo o no, el testimonio de que la comunicación no es la clave de lo que está en juego en un psicoanálisis. Su silencio hace aparecer, desnuda, que la finalidad de lo que se dice no es comunicación, sino goce, goce de la lalengua. (2014, p. 71)

Si el analista calla, esto algo significa. Es el sujeto quien toma este silencio como un mensaje o sitúa sobre la persona del analista la responsabilidad del decir: no me dice nada. El analista calla para que el sujeto del inconsciente hable. Pero también debe servirse del corte cuando en el relato del sujeto no se muestren más que las más íntimas resistencias sobre no querer hablar o se esfuerce por hablar de las cuestiones más triviales de

la vida cotidianas como si se tratasen de anécdotas que no lo involucran y estuviese como un mero espectador. Aquí el esfuerzo de Lacan en sostener la necesidad de sesiones cortas, o más bien de tener en cuenta la extensión de una sesión como algo no predeterminado, sino que se configura a través de los tiempos lógicos, tomando cada sesión de una en una.

A la altura de *El Seminario XV* (1967) Lacan introduce para el “psicoanálisis la función del acto” pues “es en tanto que ese hacer psicoanalítico implica profundamente al sujeto” y define que la “transferencia no es otra cosa que la puesta en acto del inconsciente”. (p. 1) La función del acto implica necesariamente la participación activa del sujeto en la sesión analítica, lo exime de ser un mero relator de sus vivencias. Se pregunta además como se hace parte el analista en este acto: si acaso el acto se define por la sesión misma, la interpretación o su silencio.

Ejemplifica mediante el arco reflejo las nociones de reacción, tan solo para tomar distancia de aquel planteamiento, en tanto la reacción resultante del acto no es concebida en términos de automatismo, ni puro efecto de un estímulo y por ende se equipara a la descarga de una tensión provocada por la realidad externa; el automatismo de respuesta concierne a un esquema preexistente, la respuesta va a ser siempre la misma en relación a ese esquema.

Lacan se interroga por aquello que puede ser concebido como el acta de nacimiento del psicoanálisis. Si bien su teoría es formalizada por Freud, con ello el inconsciente, la transferencia y la interpretación, el psicoanálisis, ¿existía previo a aquella formalización? Compara aquello con el nacimiento de un individuo, él preexiste al acta, al acto en sí, pero el acta es el medio que tiene para su reconocimiento ante el Otro. ¿Podría alguien fundar algo aun ignorando aquello que funda? Esta es la vertiente misma del acto analítico, en tanto su alcance como efecto en la subjetividad del analizante.

¿Qué posición se sostiene para efectuar el acto analítico? Con Lacan podría responderse siguiendo esta advertencia “El acto psicoanalítico atañe y muy directamente, y ante todo diría yo, a los que no hacen de él profesión”. (1967, p. 16) De quien no hace profesión, quien no lo profesa, quien no se la

cree. Quien va y sosteniendo la dirección de la cura, hace lo que está a su alcance; esto se precisará al hablar de *El sentimiento del analista*.

“¿Qué es para el psicoanalista un acto?” (1967, p. 19) Lo había enunciado antes, ya en el seminario sobre las formaciones del inconsciente y en esta ocasión lo vuelve a anunciar comparándolo con el lapsus. ¿Qué hace falta para que el lapsus perdure en la conciencia? ¡Que el Otro lo pesquise! Y que una vez que lo haga, se construya un entramado simbólico alrededor de él. La interpretación es el martillo que provoca una reacción, ¿cuál? No está seguro, pero depende de la fuerza del golpe y de la apertura del inconsciente ante tal momento.

Los alcances de la interpretación y su olvido

Cuando un analista pronuncia una palabra, cuando aquella es parte de una puntuación de los dichos del analizante, si bien hay una responsabilidad ética en lo que enuncia desde su lugar, aunque no sea más que el reverso del enunciado del analizante, está lejos de precisar o calcular los efectos de la misma. Aun así, el analista está implicado en su enunciación, tal como lo está el analizante. Esta enunciación de una u otra manera satisface una demanda, no la de amor, pero sí la demanda de interpretación del inconsciente. Es aquello a lo que el analista está llamado, a que su palabra se convierta en acto.

Miller (1996) comenta un curioso aspecto sobre la interpretación, que aun cuando se estuviese adelantando la cuestión del pase, se torna necesario anunciarlo: muy pocas interpretaciones se encuentran en los testimonios de los pasantes, en ocasiones son nulas y no porque no existan, sino porque son olvidadas. Resalta que aquello guarda relación con la caída del amor de transferencia en tanto sujeto supuesto a saber. Pareciese que el olvido de la interpretación estaría acorde con su ideal. Es imposible que se hayan borrado, de algún modo quedan inscritas en el inconsciente, entonces se conoce de ellas solo debido a sus efectos en el sujeto. Se podría decir que aquellas interpretaciones del analista que no logran catalogarse en el estatuto de acto son olvidadas, porque no logran tocar lo real del cuerpo, pero aquellas que sí,

se olvidan, caen bajo represión y sus indicios se encuentran a través de sus efectos.

Además, distingue tres razones por las cuales el olvido de la interpretación es causado. En primer lugar porque la interpretación juega con la represión, en esa medida “suple lo que no puede decirse” y por ende, ella misma puede a posterior caer bajo su dominio. En segundo lugar que depende de un contexto, en sí es efecto de un contexto y por esta razón “pierde su valor de verdad al ser mencionada”. Es solo entendida en ese contexto, que implica a la sesión como única y mediada por la relación transferencial. En tercer lugar su proceder está ligado al efecto conocido como *après-coup*, lo cual implica que actúa en el presente del enunciado no sin conmocionar su pasado, pues se orienta a disipar la causa de las condiciones paradójales del síntoma y por ende a sus orígenes. La interpretación actúa sobre los enunciados del pasado que son vividos en presente.

Por esta razón, y adelantándose nuevamente a la cuestión, aún en el final de análisis algo de la represión perdura. La represión es constitutiva de la estructura, y no se puede alcanzar su origen, es equivalente al ombligo del sueño. Pero la represión propia de un análisis se destaca por la del olvido de la interpretación del analista. El dispositivo del pase “ejercicio de memoria, está hecho para ir contra el olvido de la interpretación y fracasa si está capturado por el olvido”. (1996, p. 15)

Tanto para “La Escuela, el pasante: uno y otro se honran por no olvidar la interpretación. Y el analista: por no declararse libre de ello”. (1996, p. 17) El analista, tal como en la transferencia, se encuentra de lleno implicado en sus palabras, en lo que dice y lo que omite. Esta es la dialéctica que implica otro concepto, el deseo que opera en análisis, es decir, el deseo del analista.

Capítulo 2: El deseo del analista

Vale recalcar que la formulación sobre el deseo del analista no corresponde bajo ningún concepto al deseo del analista como sujeto, ni el deseo del sujeto de ser analista – lo cual debió haber esbozado y trabajado en su análisis personal, el cual debió llevar hasta cierto término –, tampoco el deseo de curar o sanar mediante su ejercicio, esto se traduce más bien como el *furor curandis*. De entrada se podrá decir que la cuestión del deseo del analista tiene que ver con el compromiso ético del analista dentro de la relación terapéutica, dentro del análisis mismo. Para ello, se debe tener en cuenta la semejanza que existe entre la posición del analista con la del objeto *a*, cuya expresión se podrá encontrar en *El Seminario 10* de Lacan:

Para que el síntoma salga del estado de enigma todavía informulado, [...] es que en el sujeto se perfile algo tal que le sugiera que hay una causa para eso [...] Esto es imposible articularlo si no ponemos de manifiesto la relación radical de la función de *a*, causa del deseo, con la dimensión mental de la causa. [...] Si anuncio que la vía [de la transferencia] pasa por *a*, que es el único objeto que debe proponerse al análisis de la transferencia [...] El *a* es la causa, la causa del deseo. (2006, p. 303-304)

El objeto *a* se conoce como la causa de deseo de un sujeto. Lo que se debe poner en juego para que haya análisis, es que el analista se logre colocar en esa posición con tal de sostener el tratamiento. Como objeto es capaz de causar deseo por el análisis, un análisis que se orienta hacia la búsqueda de las coordenadas del deseo del analizante. La posibilidad de ubicarse como objeto está guiada por la vía del semblante que se instala por medio de la transferencia. Esta instancia implica que la calidad de objeto *a* con la que juega el analista no equivale a la sustancia, ni la carne, sino a la del velo, es decir, al semblante.

“El deseo del análisis no es un deseo puro. Es el deseo de obtener la diferencia absoluta.” (Lacan, 1964, p. 284) Al decir que este no es un deseo puro, significa que es un deseo que se cocina en análisis, que tiene un límite, un objetivo y que además depende del caso por caso. La diferencia absoluta radica en mantener a raya la relación entre el objeto, el Ideal y los significantes amo del analizante. La operación por la vía del Ideal suscita identificaciones, es decir que taponar la emergencia de lo real con la dimensión imaginaria.

Por otro lado, la operación del analista como objeto apunta a este acontecimiento, a la emergencia del inconsciente real, al agujero de las significaciones. De por medio se encuentra el deseo del análisis, pero más bien del analista, que hace de corte entre el Ideal y el objeto, los mantiene a raya; es el deseo que apunta a mantener a raya los significantes amo de los cuales se ha sujetado con firmeza el analizante con tal de producir desidentificaciones y producir en aquel sujeto un deseo por el saber la causa de su deseo, dejando de lado algo de la ignorancia que invade su actuar. Si bien un analista como sujeto puede sostener sus Ideales, teniendo en cuenta que no existe el Ideal cero, no es lo que debe operar en el análisis: no existe el Ideal del analista, ni el analista como Ideal.

¿Cómo se instaura el deseo del analista sabiendo que este no corresponde a una instancia pura? Podría responderse con lo siguiente: “[...] podemos decir que detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente. [...] Sí, es el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista.” (1964, p. 262) Vale decir que el deseo del analista se distingue del ideal estoico. No es un deseo que se consuma en la voluntad del amo. No es la voluntad del Otro sobre sí. Es más bien la posibilidad de situarse como causa, por eso objeto *a*, para el análisis. Una vez que Lacan formula los cuatro discursos, en el del analista reconfirmará como lugar de agente al objeto *a*. El deseo del analista es también un deseo que se expresa en tanto acto, en tanto el analista interpreta y eso tiene efectos sobre el analizante, quien juzga o no aquella intervención con tal de calificarla como acto.

Podría decirse equiparse el deseo del analista con el “deseo de saber”, el cual Lacan menciona en *Nota italiana*. Está de más advertir que no es el deseo de saber en tanto ser un letrado. Por el contrario, es el deseo que conlleva a sorprender por lo que escucha enunciar a sus analizantes. “No hay analista si ese deseo no le adviene, es decir que ya por ello él sea el desecho de la susodicha (humanidad).” (1973, p. 329) El analista debe, en última instancia, apuntar a ser un desecho. Es lo contrario a la demanda de amor que se instala en el primer tiempo de un análisis y la cual el analista responde sin responder directamente, pero sosteniendo sus efectos. Al apuntarse como desecho

apunta al abandono una vez que termina su uso, concluye la cura y de ser posible surge un nuevo sujeto en el fin de su análisis.

El sentimiento del analista

Desde Freud se encuentra un indicio por la frialdad como sentimiento que conviene al analista para direccionar la cura. Sin embargo, vale tener en cuenta que si bien habla de frialdad, no de inhumanidad. Miller circunscribe en *Posición del analista* (2012) las coordenadas de un real propio de la represión fundante de la estructura como punto incesante e imposible de superar, un residuo en el análisis al cual se debe volver cada cierto tiempo. El no hacerlo puede trasladar hacia la práctica como analista el entusiasmo por la curación. Dirá que el entusiasmo equivale al olvido del inconsciente, pues se sitúa del lado de la comprensión. Lacan (1955, p. 75) menciona que si se comprende, se hace mal; que si bien se comprende, es algo que no es asunto del análisis, lo que importa es llegar a una versión de la verdad, aunque esta finalmente constituya una ficción.

El entusiasmo guarda relación con el acto de elevar el objeto a hasta el estatuto de cenit social; desde allí solo se puede aportar a que los pacientes susciten identificaciones con los ideales sociales, es una apuesta al mercado y al consumo. Cuando se está del lado del entusiasmo se está del lado de la promesa, promesa de la cura y la felicidad lo cual en el análisis es incierto. Entonces, por un lado con el entusiasmo se mantiene el nivel de la promesa y con ella la esperanza, y por otro es una versión de la contratransferencia, porque lo que se despliega es un “me gustas” referido al paciente. Añadirá Miller que tampoco se trata de la apatía o el hastío, pues la primera se relaciona con la curiosidad y la segunda con el asco. Si bien, la apatía implica una abstención absoluta, he allí el problema, pues se debe tener en cuenta que en la medida que la transferencia entra en juego el analista está de lleno comprometido en ella con su actuar y su presencia.

Lacan en *El Seminario 17* se cuestiona la posición del analista y su relación con las pasiones. Refiere a Yahvé en tanto serle característico la ferocidad por la ignorancia. Describe además que Yahvé guarda en sí todas las pasiones que el budismo sugiere eliminar: amor, odio e ignorancia.

Ya que se ha hablado previamente en el acápite sobre la transferencia sobre el amor y su contraparte, se hará aquí una puntuación al enunciado sobre la ignorancia como pasión y más aún referida a Yahvé. Al mencionarla como pasión en Yahvé se encuentra fielmente relacionada a la omnisapiencia. El ser que supone saberlo todo, no necesita saber más: nada le falta, o al menos cree no faltarle. Esta es una ignorancia feroz, con la cual el analista no opera. Significa que existe otro tipo de ignorancia de la cual sí se sirve.

Antes de mencionar aquello, se considera importante dar lugar a la definición de ignorancia según las referencias encontradas en *El Seminario 1*. Por un lado, vale hacer una distinción entre la ignorancia y el desconocimiento. Tal como menciona Lacan, el desconocimiento guarda relación con lo no reconocido, por ende con la denegación, la *Verneinung*. Un sujeto puede tener conocimiento de las coordenadas de una situación, pero a causa de la carga afectiva, pretender desconocerlo, es decir rehusarse aceptarla y por ende denegarla.

Más bien, la ignorancia tiene que ver con un proceso dialéctico, es un estado que se constituye en la medida en que el sujeto se convierte en un ser hablante. La ignorancia mantiene una estrecha relación con la verdad, pues esta se constituye en la medida en que un sujeto está en búsqueda de una verdad, sobre sí mismo. Un sujeto desconoce la causa de sus deseos y también aquello que desea en sí, esto no tiene que ver con el desconocimiento, sino con la ignorancia. La ignorancia guarda relación con la *Verdrangung*, es decir la represión. En el dispositivo analítico, cuando un sujeto se dispone a hablar y por ende a emprender búsqueda de su verdad, se constituye paralelamente su ignorancia.

Miller (2001) cita a Lacan indicando que su orientación en cuanto a la función del analista se basa en la docta ignorancia, una ignorancia constitutiva y metódica. Refiere a que el analista, por más ilustrado que sea, en sesión debe ignorar todo en cuanto sabe. Su saber es puesto en suspenso y también en suposición. Es el analizante quien le supone un saber, más no él quien lo presenta tal como un libro. Esta ignorancia metódica implica saber jugar con el semblante, entre saber y no, cuando esto conviene.

Vale remarcar que "...es cierto que nuestro saber acude en auxilio de la ignorancia del analizado, no por ello dejamos de estar nosotros también, en la ignorancia, en tanto ignoramos la constelación simbólica que yace en el inconsciente del sujeto". (1954, p. 108) Esto implica que si bien un analista bien ilustrado tiene el mayor conocimiento sobre la literatura psicoanalítica, nada sabe de las coordenadas simbólicas que marcaron del analizante en cuestión. Debe por ello preferir la docta ignorancia, para no dejarse guiar por su fantasma en la dirección del tratamiento. Hay que jugar un poco con la posición del muerto y cuidarse de reanimarlo, esto se verá en el acápite siguiente.

Otra orientación en cuanto al analista y su función con a la distancia sobre la posición de saber se encuentra referida a continuación por Lacan:

El analista no debe desconocer... el poder de la accesión al ser de la dimensión de la ignorancia [...] No tiene que guiar al sujeto hacia un *Wissen*, un saber, sino hacia las vías de acceso de ese saber [...] No decirle que se engaña pues, forzosamente, él está en el error, sino mostrarle que habla mal, es decir que habla sin saber, como un ignorante, pues las que cuentan son las vías de su error. (1954, p. 404)

Lo que cuenta en un análisis son las vías del error, lo que no sabe, no tanto lo que sí, pues en su falta allí se encuentra su deseo y por ende el sujeto, aunque lo ignore. Cabe aclarar también que un analista no empuja hacia donde él piensa que su analizante debe dirigirse. Lacan se burlaba de aquellos analistas que empujaban a sus analizantes hacia el fin de análisis, aquello es una decisión del analizante y que, más que buscarla, se encuentra. Lo que debe hacer con sus intervenciones es mostrar lo que es reflejado en sí, tal como la metáfora de la luna del espejo.

Ahora bien, luego de estas aclaraciones sobre la ignorancia como pasión y la operativa en análisis, vale retomar las referencias hacia *El Seminario 17*. La innovación de este seminario consiste en la formulación de los cuatro discursos, con lo cual eleva la función del analista a la de un discurso; cuyo agente se define con el objeto *a*, tal como lo indica en la siguiente cita:

Lo que distingue a la posición del analista – no voy a escribirlo hoy en la pizarra con la ayuda de mi esquemita, donde la posición del analista

está indicada por el objeto *a*, arriba y a la izquierda –, y éste es el único sentido que se le puede dar a la neutralidad analítica, es que no participa de esas pasiones. (1970, p. 144-145)

Conviene mencionar que las pasiones se instalan en el plano imaginario: el plano de lo fraternal, de los conyugues, de la amistad, de la mutua equivalencia; en donde no hay esquemas ni un orden que determine las funciones de cada cual.

¿Qué posición es entonces en la que debe situarse un analista para operar como tal en el dispositivo analítico y para que su palabra no sea mera sugestión, sino que constituya un medio decir, interpretable también para el analizante? ¿Se podría situar al analista como sostén de la inhumanidad en su actuar? En parte, pero más bien Milller responderá lo siguiente, no sin advertir que aquella es una posición modesta:

Desapego es la posición que le conviene al analista en la medida en que su acto consiste en desapegar el significado del significante, es decir, reconducir el significante a su desnudez [...] cuando ustedes como analistas sueltan una palabra, no tienen la menor idea del efecto que puede provocar [...] (2012, p. 55)

Para ilustrar este punto añadiré además el ejemplo de Jean Paulhan sobre el guerrero entusiasta y el aplicado. El entusiasta se apasiona por los combates, disfruta de las masacres, el júbilo, el triunfo y la gloria. El aplicado hace lo que hay que hacer, en la medida que puede, sin dejarse seducir por las pasiones y en caso de que las experimente, sabrá reconocerlas para tomar distancia de ellas. El guerrero aplicado equivale al papel con el cual debe jugar el analista, en tanto se encuentra desapegado de las pasiones. El analista es un guerrero aplicado, aplica su palabra en transferencia para conseguir efectos sobre el analizante, los cuales él mismo ignora... un poco.

¿Qué es el analista?

El paso de Freud a Lacan sobre la conceptualización de lo que es un analista consiste en abandonar la idea de que el analista es un sujeto para ubicarlo como una función. Las referencias de Lacan ubican al analista como partidario de cumplir semblante de objeto *a*, que no guarda relación alguna con el hecho de ubicarse en una postura de goce masoquista – esto es algo que habría que cernirlo en el análisis personal –; y es contrario al estatuto de

objeto a elevado al cenit social tal como se planteó la cuestión sobre el entusiasmo. En *El Seminario 8* de Lacan se puede encontrar la pregunta tal como es escrita en el título de este acápite “¿Qué es el analista?”. (1961, p. 354) Se intentará responder a esta pregunta por medio de tres símiles encontradas a lo largo de sus seminarios: el basurero, el santo y el muerto.

En *El Seminario 3* Lacan advierte que la vida del analista, refiriéndose a su labor, no pinta color de rosa, seguido de la siguiente referencia que no es exclusiva para el trabajo con las psicosis:

La comparación que puede hacerse entre el analista y el basurero se justifica. Es necesario, en efecto, que aguante todo el día comentarios cuyo valor ciertamente es dudoso, aún más para el sujeto que se los comunica que para él mismo. (1955, p. 47)

En el primer enunciado lo que Lacan afirma con esta símil es que el espacio analítico, en el cual el analista se incluye, cumple la función de ser donde se receptan los desechos del paciente, aquello de lo cual debido a las normativas de convivencia del Otro social, de estar fundada la represión para aquel sujeto, no puede decir ni actuar, sino sintomatizar. El segundo enunciado podría dividirse en dos partes. De la primera resalta el término “aguante”. El sujeto que se autoriza como analista, habrá llegado hasta tal punto de su análisis que hubo de bordear en alguna situación de su vida, el haber sido objeto para el Otro y lo habrá superado de tal manera que al operar como analista no estará cumpliendo un mandato de su fantasma y por lo tanto una posición de goce. En la segunda parte del enunciado lo que interesa es el valor dudoso de los comentarios. De ninguna manera el analista está interesado en verificar la veracidad de los dichos y contrastarlos con la realidad, pues la realidad como la concibe el psicoanálisis es una construcción mediatizada por el fantasma o delirio de cada sujeto. ¿Cuál es entonces el interés del analista?

Otra de las referencias de Lacan sobre la función del analista se encuentra en *Televisión* en la respuesta sobre la pregunta por el lazo de Lacan con los analistas de la IPA. Lejos de situar los impases de las partes, interesa la símil del analista con el santo:

Un santo, para hacerme entender, no hace caridad. Más bien se pone a hacer de desecho: descarida. Y ello para realizar lo que la estructura impone, a saber, permitir al sujeto, al sujeto del inconsciente, tomarlo como causa de su deseo. (1973, p. 545)

Esta primera mención es similar a la referencia encontrada en *Dirección de la cura...* de 1958, en donde Lacan subraya la necesidad de tomar el deseo del sujeto al pie de la letra, el cual es comparable a un pájaro celeste, el analista es entonces el pajarero, a quien se le exige sea un letrado, para poder capturarlo. Según esta símil la labor del analista consiste en captar y capturar el deseo del paciente tal como lo enuncia. La relación de esta símil con la del santo subyace en el apuntar al deseo del paciente, si bien como pajarero capturándolo, como un santo causándolo.

Lo que está en juego en la posición de santo es que, a medida que la transferencia es superada en el sujeto supuesto al saber, el analista encarna el objeto a para el paciente que causa el deseo de que aquel sujeto se analice, no sin que este continúe siendo un enigma, una x en la ecuación del análisis. Tal como enuncia Lacan "...es el deseo del analista el que, en último término, opera en el análisis". (1966, p. 833)

Además, Lacan menciona un neologismo en cuanto a la función del santo: descarida. Es la conjunción de las palabras desecho y caridad. El santo no desciende de un pedestal a hacer caridad con el desvalido, más bien al saberse desecho puede acudir al otro en una posición ética para escuchar sus más grandes fantasmas. Se podría hacer una comparación con Joyce según las referencias encontradas en *Joyce el síntoma* ubicado en *Otros escritos*. En aquel texto Lacan indica "Joyce no es un Santo. Joyza demasiado del S.K bello para eso, tiene de su arte artegullo hasta la saciedad." (2012, p. 593) Joyce goza (Joyza) de más, ha elevado su nombre hasta el punto de convertirlo en su *sinthome*, lo cual alcanza a través de su escabel (S.K. bello), aquel taburete narcisista en el cual se sube para impulsar su nombre.

Lacan prosigue "Solo hay la escabelostración [scibecnistración] pero la castración del escabello solo se cumple con la escapada. No hay santo más que no queriendo serlo, renunciando allí a la santidad." (2012, p. 593) La castración del escabel implica la caída de los ideales fálicos y la renuncia al

narcisismo. Aquel sujeto que se autoriza como analista, ha renunciado a considerar su actuar desde el escabel. Ha comprendido que no hay mayor formación como analista, que la del abandono del ideal, de la búsqueda de la figura del analista como ideal. Podría decirse que no hay analista más que no queriendo serlo, renunciando allí al ideal, el ideal de la efectividad y la eficacia, del renombre y el elogio, contentándose más bien con poder captar lo singular del sujeto que acude a consulta y sostener la cura teniendo en cuenta que su saber se encuentra atravesado por un agujero, por lo cual acudirá a supervisión, pondrá a trabajar sus preguntas sobre la teoría o la práctica en el cartel y en su análisis personal aquellas que lo implican como sujeto.

Siguiendo estas referencias y volviendo a *Televisión*, lo que Lacan alega es que no hay diversión posible en la posición del santo y que si bien cada quien goza, cuando actúa, habla o escucha, el santo no. “Solo el santo se queda seco, para él ni una pizca”. (1973, p. 546) Puesto que si goza ya no opera como tal. Lo que refiere esta cita es que el analista pone en suspenso su goce en el análisis para autorizarse como tal; esta autorización es la que equivale a la puesta en juego del deseo del analista que opera en transferencia.

Para ello, conviene revisar la tercera referencia sobre la posición del analista. En aquella puede vislumbrarse una vez más la relación con el desecho, pero más íntimamente con el Hades. El analista “¿Juega o no con la muerte?” (1960, 216) La doble acepción del término francés *jouer* corresponde tanto a jugar como representar. En todo caso ambas acepciones dan pie a hablar de la función del analista en tanto semblante.

El actuar del analista encuentra su lugar “haciéndose el muerto, cadaverizando su posición, [...] ya sea por su silencio allí donde es Otro con una mayúscula, ya sea anulando su propia resistencia allí donde es el otro con una a minúscula. En los dos casos, [...] presentifica su muerte. (1955, p. 412-413) Según esta cita, el lugar del muerto se presentifica en el silencio, cuando por un lado permite al analizante desplegar sus asociaciones libremente y mantener una escucha flotante; pero también cuando aquel silencio guarda de por sí un significado, es decir, cuando tiene el estatuto de

acto. Además, cuando el analista se mantiene al margen de las pasiones que se cocinan en su ser, es decir, cuando pudiendo entrar en el plano imaginario, se abstiene de aquello y ocupa su justo lugar en la transferencia, tal como un muerto.

Lacan toma la símil del muerto del juego de cartas *bridge*. Siguiendo este planteamiento podría incluirse que “los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce.” (1958, p. 569) Esta es una advertencia que si bien involucra al analista, concierne también a su posición como sujeto en análisis. Se sabe bien que el análisis no es una psicoterapia como las otras; en su labor, responsabiliza al analizante de sus enunciados y su enunciación, se aleja del sentido social de las palabras para rescatar lo singular de cada uno, teniendo en cuenta la dimensión de lo real, de lo imposible propio de la estructura. Todo esto para que sea el analizante mismo, en calidad de sujeto de deseo y ser hablante, quien desarrolle un saber-hacer con su malestar y la opacidad de su goce. Sin embargo, no es el quien dirige la cura, sino el analista. ¿De qué modo?

Acerca de la dirección de la cura

Se ha mencionado previamente el compromiso del analista en cuanto a la transferencia y la situación analítica en sí. Es él quien dirige la cura, Lacan lo dice firmemente: sin duda él lo hace. Esta dirección no consiste en guiar al paciente hacia algún objetivo, en lo cual insisten otras psicoterapias no para hacer surgir lo singular, sino retornar a un estado primero, lo cual implica el retorno hacia la homeostasis, el equilibrio. Su primer deber es hacer que se cumpla la regla analítica: la asociación libre y por ende que se instaure la situación analítica que involucra a la transferencia. Pero, ¿a qué costo? Se podría encontrar en el texto de *Dirección de la cura...* (1958) las siguientes referencias. En comparación con la cuota monetaria de las sesiones por parte del analizante, Lacan indica que el analista también realiza algunos pagos para sostener la empresa analítica.

En primer lugar con su palabra. La palabra que enuncia es suya, tenga estatuto o no de interpretación, aquella tiene lugar gracias a la transferencia.

En segundo lugar paga con su presencia. Esta presencia es el soporte y vehículo de los fenómenos que ocurren a nivel de la transferencia. En tercer lugar debe pagar lo que tiene de esencial en su juicio más íntimo, es decir con su singularidad. Su subjetividad queda fuera de juego, tal como se ilustra con las símiles sobre el santo y el muerto.

Estos pagos que indica Lacan, remiten a lo que ha venido siendo la labor de este trabajo: la interpretación, la transferencia y el deseo del analista. Siguiendo el texto de *Dirección de la cura...* se puede retomar aquellas puntualizaciones con el fin de concretar su dimensión práctica.

La interpretación está siempre sostenida por la transferencia, es un *working through*. Tal es su relación que el analista si bien está llamado a pagar con su palabra, esta solo tiene efecto a nivel transferencial. Cura en la medida en que aquel representa algo para el analizante en transferencia. Sin embargo, si bien la interpretación puede ser calculada, su acción es incierta. El interés del analista debe estar centrado mayormente en su ser en transferencia que en su palabra, pues desde allí podrá comandar su actuar interpretativo. Tal como menciona Lacan “lejos de poder medir todo el efecto de mis palabra” está en la posibilidad de hacer una “elección de mis intervenciones”. (1958, p. 568) Elegir el momento en el cual hacerlas y el modo, sin embargo, esto también trae consigo la posibilidad de que la oportunidad se escape, tal como en el salto del león.

Si bien el analista está para hacer soporte a la transferencia, no es capaz de manejarla del todo. Es decir, que no le es posible controlar, ni está en su labor sugestionar, los imagos que desplegará el analizante sobre él. Lacan dirá que en cuanto al manejo de transferencia, el analista se encuentra enajenado a causa del desdoblamiento que experimenta su persona; desdoblamiento que involucra por un lado su ser como sujeto y por otro, su ser como analista en transferencia para un sujeto en particular.

La relación transferencia es una relación de a dos, tal como cualquier otra. El analizante repite en análisis los modos en que se relaciona con sus pares y con el Otro. Esto no debe sorprender. Lo que debe estar claro es que esta repetición no es vivida en mera pasividad, sino que se trata de una

repetición actuada. Además, el analista bien advertido de esta dinámica, no deberá dejarse seducir por la metáfora del espejo, sino más bien tomar distancia de ella, para jugar de manera plena con el lugar del muerto.

Al decir que “el analista es menos libre en su estrategia que en su táctica” (1958, p. 569), se retoma el punto del manejo de la transferencia y los alcances de su palabra. Si bien, tiene a la mano la posibilidad de interpretar y es cuestión ética el hacerlo, “su acción sobre el paciente se le escapa junto con la idea que se hace de ella”. (1958, p. 570) Tal como se mencionaba previamente, está en el analista mostrarle las vías por las cuales se conduce el deseo del analizante, pero ignorando el entramado simbólico que se encuentra oculto tras aquello, lo ignora en tanto no está descrito en manuales y se trata de la subjetividad de su analizante.

En el acápite sobre la transferencia se introdujo la noción de la misma como resistencia, concluyendo que aquello es un obstáculo que se presenta cuando el analista mismo se vuelve otro para el analizante, cuando representa un punto de real sobre su propia historia. Vale indicar que “la interpretación, si él la da, va a ser recibida como proveniente de la persona que la transferencia supone que es.” (1958, p. 571)

No es un error pensar que si bien en tanto táctica, la interpretación es el arma fundamental del analista, no se transforma en acto hasta que lo sancione el analizante, tal como en la dinámica del chiste. Su táctica consiste en la interpretación como tal, en su posibilidad de enunciarla como proveniente de sí, pero su estrategia, a lo que aquello apunta, es finalmente incierto. Puede apuntar al desplazamiento, a abrir la cadena asociativa, a lo real o, por error, a reforzar los mecanismos de defensa del Yo: su efecto es incierto, pero no del todo, pues sus indicios se encuentran en el imago que representa en función de la transferencia.

Lacan menciona que una interpretación analítica no consiste en explicaciones, gratificaciones, confrontaciones sobre sus dichos, *insights* que apuntan a la reflexión de sus conductas, ni mucho menos en respuestas sobre la demanda del paciente. Es más bien una puntuación, un recorte, una escansión del discurso del analizante, es hacer uso de los mismos

significantes que el analizante despliega en la cadena asociativa con tal de tener un efecto... aunque este sea incierto.

El hecho de interpretar es parte del deber del analista. Su acción lejos de ser comandada por un mandato superyoico, se despliega en una ética y compromiso con el análisis. En ocasiones, el analista podría abstenerse de aquello por temor a quedar como un tonto, pero este equivaldría a un silencio que se manifiesta como resistencia y más no como puntuación. Lacan advierte que esto compromete a una pasión del analista que se enraíza en “su temor que no es del error, sino de la ignorancia, su gusto que no es de satisfacer, sino de no decepcionar, su necesidad que no es de gobernar, sino de estar por encima.” (Lacan, 1958, p. 575)

Una mala lectura sobre el fin de análisis en los ingleses indicaba que aquel acontecimiento se suscitaba en la medida en que el analizante se identificaba con su analista, lo cual Lacan advierte de error. Equipara la identificación, en conjunto con el Ideal a la dimensión de patología y que si bien, para operar como analista el sujeto deberá librarse de aquello, curarse de la patología propia de las identificaciones, cuyo estatuto es comparable a una ley de hierro, en la cual el sujeto pierde su singularidad y se vuelve uno con la masa. Prosigue “Es por eso justamente por lo que suele imaginarse que el psicoanalista debería ser un hombre feliz.” No es esto lo que promete el fin de análisis, pero siguiendo el sentido común se podría decir lo siguiente “¿No es además la felicidad es lo que vienen a pedirle, y cómo podría darla si no la tuviese tampoco?”. (1958, p. 594) En este punto, la felicidad pareciese estar más ligada al imperativo mediado por una cuestión política, que al hecho mismo de la satisfacción. *Don't worry, be happy* dice un eslogan. *Be* se encuentra a nivel del imperativo. Si el fin de análisis no constituye un *happy ending*, ¿cuál es su fin?

La formación del analista

A lo largo de la obra freudiana se encontrarán indicios sobre la formación del analista, que en ocasiones podrían calificarse de consejos tal como en uno de sus escritos. Freud es exigente. Suele decir que un analista debería tener conocimiento y dominio de una serie de ramas del saber, que

incluye tanto ciencias sociales como médicas y puras. En principio, Lacan no contradice la idea de la formación según Freud. Siendo aún parte de la IPA es encargado de desarrollar y gestionar los cursos de formación de analistas. Sin embargo, luego se cuestionará sobre el método y cesaran los cursos al estilo propuesto por Freud. ¿A qué refiere la formación?

Podría encontrarse una referencia en el texto de Miller (2001) sobre *El desbroce de la formación del analista*. En aquel texto Miller hace notar que el término formación tiene un tinte imaginario fuertemente enraizado. Indica que aquel término en alemán se escribe *bildung*, del cual su raíz, *bild*, significa imagen. A más de esta precisión, teniendo en cuenta al registro imaginario recalca la dicotomía entre forma y materia, pues según la raíz alemana del término la forma, lo imaginario, penetra de manera activa en la materia para informarla. Dirá que “imaginariza lo simbólico” (p. 529) Más bien, del recubrimiento de lo real por medio de lo simbólico, lo que resulta es lo imaginario, por ende la formación. En este nivel podría señalarse que la formación sería la heredera de la identificación freudiana. Un repaso sobre el fin de análisis según los ingleses consiste en direccionar el tratamiento hacia la identificación con el analista, es decir, a su formación.

“El analista no resulta del analista, sino del análisis”. (200, p. 530) Lacan mismo lo indica en *El Seminario XV* al preguntarse si el analiza a los futuros analistas y que si bien suena bastante tentador, no es el caso. “No hay en mí lenguaje Otro del Otro”. (1967, p. 32) Con esto Lacan está diciendo que no hay nada en él, pero esencialmente en el Otro, en el cual un sujeto considere como Otro, la afirmación de que aquel es quien lo autoriza, lo forma, como analista para su ejercicio. No hay Otro, es el analizante mismo. Lacan mismo dijo “Soy un payaso Sigán el ejemplo ¡y no me imiten!”. (1988, p. 81) El fin de análisis estará entonces atravesado por la caída de las identificaciones, pero para esto habrá que dar primero otros pasos.

Siguiendo a Miller en *Sutilezas analíticas* (2012) podría destacarse tres modalidades distintas sobre un análisis, sin que su estructura varíe, estos serían: uno que empieza, uno que dura y uno que termina.

Al estilo freudiano, un análisis que empieza está lleno de ocurrencias. Es estado mismo de la eclosión de acontecimientos, la búsqueda del sentido de los síntomas, las primeras exploraciones del inconsciente. Se comporta, se comunica lo pensado al analista, en miras de una respuesta, de algún indicio para seguir desplegando la cadena asociativa. En esta época se instala la asociación libre, a manera de superyó: dirás todo en cuanto se te ocurra. La premisa que acompaña a esta regla compromete la suspensión de juicio sobre los enunciados, tanto por parte del analizante, como del analista; lo cual no significa que el analizante no sea responsable de aquello que dice.

Es la época de la luna de miel del análisis, en donde lo amorfo empieza a tomar forma, se transforma, donde además se descubre aquello que se sabía pero que se prefería desconocer, denegar y que comandaban el actuar del sujeto en calidad de significantes amo, sostenidos por su fantasma fundamental. Es el momento en donde se comunica aquello que se pensaba se sabía pero que no era tan importante como para poder decirlo, a causa de los diques que se construyeron en la latencia, por lo tanto aquello era mejor guardárselo para sí mismo, es decir, reprimirlo. En conjunto, se instala también la creencia del sujeto supuesto al saber, la transferencia reside en ello. A ese sujeto, el analista, se le supone un saber, en la medida que un significante lo representa, tal como en la operación simbólica. El sujeto por sí solo no supone nada, es supuesto en la medida significativa. Podría también pasar que la entrada en el dispositivo tenga efectos terapéuticos rápidos, efectos de alivio, breves pero igual de importantes. Muchos pacientes acuden a un análisis a raíz de una urgencia subjetiva, el fin subyace en desangustiar, responsabilizándolo de lo singular de malestar: sus actos y palabras.

En un análisis que dura más bien se descubre que uno está más enfermo de lo que originalmente creía. Las revelaciones, los descubrimientos suelen irse agotando. Más bien se percata de los puntos de repetición que conllevan consigo a la pulsión y el goce. Se recuerda, se repite y se reelabora sobre aquello. Pero en la medida que se repite, la cosa también se estanca. Se debe atravesar aquel estancamiento, que no necesariamente involucra a la resistencia, sino que se encuentra bajo los términos del goce en calidad opaca: el *sinthome*; es decir, con aquella verdad invariable. El goce no tiene

estructura de ficción, tal como el saber y la verdad. Lo real es lo que no miente. Si bien, el exceso de goce se recorta por la vía de lo simbólico, cuando aquello sobrepasa las vías del bienestar, el punto de giro con el *sinthome* es que compromete a la rutina.

Estando en un análisis que dura es usual que los efectos terapéuticos lleguen a ser más lentos y que estos, incluso pueden conllevar a un deterioro, no solo en lo que concierne a la vida del sujeto, sino a la relación terapéutica misma: la transferencia sufre cambios y en ocasiones, a causa de esto se cambia de analista, por sentir que con aquel no se llega a ningún lado.

Retomando la cuestión de la formación se podrá decir que “el ser del analista, como elemento no despreciable en los efectos del análisis [...] ha de exponerse en su conducción al final del juego [...] ninguna solución puede provenir sino de una profundización [...] más extremada del resorte del inconsciente. (2001, p. 233) Lo que quiere decir una profundización que abole el desgano de la repetición y que más bien se sirve de ella con tal de concluir en su fin. Lo que indica el primer enunciado es la misma advertencia de Lacan: el analista es efecto de su propio análisis.

Un análisis que termina, involucra una posibilidad de dar testimonio de la *historia* de su mismo análisis, de los arreglos con aquello opaco del goce, el *sinthome* y la nueva relación que adquiere el sujeto con los ideales, teniendo en cuenta que siempre queda un resto. Esto abre la perspectiva a pensar que un análisis que termina no está ligado a la completud, ni a la felicidad. Es el reverso de la formación. En el fin de análisis, el sujeto se vuelve un “rebelde a las identificaciones”. (2001, p. 533)

Aquel análisis que dura debe apuntar a su término, con las implicaciones que aquello conlleva. Lacan inventa un dispositivo para dar cuentas de aquello, pero debe tenerse en cuenta que su solicitud y uso es de libre voluntad. Tal como en el análisis, un sujeto no está obligado a tomar la posta como analista, eso es algo que debe convocar su deseo y para ello no hay Otro que lo sancione bajo ninguna circunstancia.

El dispositivo del pase

Se ha adelantado previamente la cuestión del fin de análisis para entender su relación en cuanto a la formación del analista. Vale preguntarse ¿A qué se llega en el fin? ¿Con qué fin? Si bien Freud recomienda volver a análisis cada cinco años, con Lacan se vislumbra la posibilidad de llegar a un fin de análisis. ¿Es permanente? Para dar cuentas del fin de análisis inventa el dispositivo del pase. No se trata de una verificación, pues ello estaría de la mano de los dispositivos universitarios en donde lo que se verifica es si el sujeto sabe o no en base a estándares institucionales. Y en esa medida, tampoco es saber, sino conocimiento, pilas de conocimiento sobre una cátedra que en algunos casos no tiene mayor estatuto que el de letra muerta.

Es entonces, el pase, un método para poner a pruebas el fin de análisis. ¿Y qué es lo que se pone a prueba y frente a quién? La segunda parte de la pregunta parece más sencilla de responder: frente a un cartel del pase ligado a la Escuela, escogido por ella. Al momento interesa más destacar aquello que se pone a prueba y que corresponde a lo que se considera como un fin de análisis. Para ello se tendrá en cuenta tres textos: *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el analista de la Escuela, Nota italiana* y el *Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11*.

Siguiendo el escrito de la *Proposición...* de entrada se encuentra el enunciado sobre la autorización del analista. El analista se autoriza a sí mismo como tal, pero no sin el Otro. Este Otro al que se refiere corresponde al Otro de la Escuela. En este compromiso, en su autorización, el analista también se vuelve garante del progreso de la Escuela, está allí bien sirviéndose para su actuar, como para interpretarla tal como un sujeto, tanto con sus impases y como con sus aciertos. Al crear el dispositivo del pase, Lacan también crea los títulos de AE y AME, correspondiendo respectivamente a Analista de la Escuela y Analista Miembro de la Escuela.

Mientras que el primer título corresponde esencialmente al pase y su postulación, el segundo se promueve en el reconocimiento por parte de la Escuela hacia un analista que ha dado pruebas, mediante su práctica y participación en la misma, de ser un analista. Este sería un analista-

practicante. Hay que recalcar que en este primer texto, el estatuto que tiene el pase es el de ser un acontecimiento, que marca el paso de analizante a analista y que tiene sus claras incidencias sobre el sujeto de la Escuela.

La labor del AE consiste en “testimoniar sobre los problemas cruciales en los puntos vivos que se encuentran para el análisis, especialmente en tanto ellos mismos están en la tardea, [...] de resolverlos”. (1967, p. 262) Como se mencionó previamente, la postulación al pase, es libre y voluntaria, debe desearse. Un sujeto puede finalizar su análisis y no desear el pase, o más bien dejar que pasen varios años hasta sentirse llamado a hacerlo, y aun así, no hay garantía de que este sea aprobado por el cartel del pase, los pasadores escogidos por la Escuela. Es una apuesta, más no una garantía por el poder dar cuentas sobre su fin de análisis.

Lacan prescribe las coordenadas del fin de análisis en el paso de analizante hacia analista, para lo cual debe operar en el análisis el deseo del analista en relación con el del analizante. “El deseo del psicoanalista es su enunciación, la que solo puede operar si él viene allí en posición de x ”. (1967, p. 270) Pasando del sujeto supuesto al saber, que sostiene los inicios de un análisis, el deseo del analista se sostiene con la x , en tanto incógnita pero también en tanto puede tomar cualquier valor. Sostener la x implica poder devolver al analizante la relación con su propio ser, su relación con la hiancia plena del complejo de castración, el $-\phi$. Al término de un análisis, y por ende de la transferencia de la relación didáctica, se resuelve el deseo del analizante, pero queda un resto y en consecuencia con la caída de su fantasma como comandante de su actuar, su destitución subjetiva: el deser.

Añade que “El paso de psicoanalizante a psicoanalista tiene una puerta cuyo gozne es ese resto que hace su división, porque esa división no es otra cosa que la del sujeto, cuya causa es ese resto”. (1967, p. 272) Lo que indica con esta cita es que entre el paso, en la mitad de aquello se encuentra la bisagra de la división que si bien involucra el deseo, tiene un resto imposible de disuadir, de eliminar. Prosigue “[...] la seguridad que obtenía de ese fantasma donde se constituye para cada uno su ventana sobre lo real, lo que se vislumbra es que el asidero del deseo no es otro que el de un deser”. (1967,

p. 272) En este Lacan manifiesta la relación del fin de análisis con el fantasma en tanto su soberanía zozobra y con lo que finalmente se topa el sujeto es con su falta en ser, con el engaño de su deseo y con la causa que no corresponde más que a su falta fundamental.

Destaca que “En este deseo se devela lo inesencial del sujeto supuesto saber”. (1967, p. 272) Lo cual refiere al punto en que el sujeto deja de necesitar del Otro para avalar su práctica, sus elecciones, prescinde del Otro. Continúa indicando que en a partir del deseo “[...] desde donde el psicoanalista por venir se consagra al agalma de la esencia del deseo, dispuesto a pagarlo reduciéndose, él y su nombre, a la significante cualquiera”. (1967, p. 272)

De aquello prosigue un rechazo a ser el ser que desconocía la causa de su propio fantasma, para que en el paso del ejercicio como analista pueda ahora sostener la *x* que conforma el deseo del analista a causa de la transferencia, adquiriendo el valor cualquiera que otorga el analizante y del cual ignora hasta su fin. Es también el punto en donde tanto el ser deseo y el del saber se anudan inscribiendo su lugar en una sola falta. El meollo de este primer texto consiste en el fin de análisis en tanto caída de las identificaciones arraigadas por el fantasma fundamental, la hiancia establecida por el complejo de castración y la causalidad del deseo, en tanto el objeto *a* como residuo.

A partir de la *Nota italiana* (1973) se vislumbra el fin de análisis en relación a la ex-sistencia del objeto *a* y la inexistencia de la relación sexual. En este segundo texto, el pase cobra el valor de ser una puesta a prueba del fin de análisis. Al inicio del texto Lacan se critica a sí mismo, preguntándose a quién interesa que la Escuela lo titule como AME, si es el analista quien se autoriza por sí mismo para su práctica. Acto seguido aclara que “Autorizarse no es auto-ri(tuali)zar. Puesto que [...] es del no-todo del que surge el analista”. (p. 328) Y aun así, no todos están llamados a ser analistas, a esto se refiere al decir que no es un ritual. El ritual está sancionado por el Otro, tiene unas directrices muy específicas para que este se cumpla como tal. Es por esto que no se habla de la existencia del analista, sino de su ex-sistencia, que implica tomar en cuenta la dimensión del saber en lo real.

En este punto vale retomar una cita antes mencionada en la que Lacan destaca el deseo de saber y afirma que “No hay analista si ese deseo no le adviene, es decir que ya por ello él sea el desecho de la susodicha (humanidad)”. (1973, p. 329) No se trata del deseo de saber en la vía freudiana, que proclama novelas de un amor al saber gracias a las sesiones con pacientes histéricas. Es un deseo por el saber que se sostiene orientado con el deseo del analista, es su relevo. Es además, el juego de la docta ignorancia.

Dirá además que el deseo de saber es algo que debe trabajar un sujeto en su análisis. El analista como tal tendrá que haber superado su horror por el saber, aquel no querer saber nada. A partir que logra cernir la causa de ese horror, podrá saberse desecho. Si esto no se logra, quizá haya análisis, pero no el advenimiento de un Analista de la Escuela. Esto es motivo suficiente para que los pasadores puedan declinar la postulación de un candidato a AE. Esta causa por el horror no es otra cosa que el mismo estatuto del objeto *a*, de aquel que ex-siste a la estructura.

El saber que se promulga en el fin de análisis está también prescrito por el saber de la inexistencia de la relación sexual. No hay modo alguno de inscribir en palabras aquella inexistencia, por más que se intente será un constante desencuentro. El candidato al pase deberá también dar cuentas de esta imposibilidad, de la dificultad de vérselas con el otro como ser sexuado. El saber que encuentra a partir de su análisis para hacer frente a este desencuentro corresponde al orden de la invención. Tal como menciona Lacan:

[...] dejar en suspenso la imaginación [...] y recurrir a lo simbólico y lo real que aquí lo imaginario anuda, e intentar, [...] agrandar los recursos gracias a los cuales llegaríamos a prescindir de esa molesta relación, para hacer que el amor sea más digno que la abundancia de parloteo. (1973, p. 331)

¡Intentar! Intentar decir algo del real que involucra la relación con los sexos, desembarazándose de la creencia en la verdad, que no hace más que de obstáculo al acceso del saber en lo real, para dar paso a aquel saber-hacer inventado por el sujeto para hacerle frente.

El tercer texto suele ser de lo más olvidado, pues fue escrito en la época del seminario sobre Joyce, como prefacio de una versión del seminario sobre los cuatro conceptos, para una audiencia de habla inglesa. Este texto empieza hablando sobre el inconsciente, pero no precisamente en su estatuto simbólico, sino real. Pues advierte tener en cuenta el punto en que las significaciones se detienen y como la atención perturba la fluidez de sus manifestaciones. La atención vuelve a la verdad en mentirosa.

Retoma la cuestión sobre la autorización conjugando los términos *histeria* e *historia*. “Pues nadie puede nombrar analista a alguien y Freud no nombró a ninguno. A ello se debe mi proposición de que el analista no se *hystoriza* más que por sí mismo: hecho patente”. (1976, p. 60) Insiste en que no hay jerarquía alguna que lo deba confirmar, siempre y cuando esta autorización proceda de la experiencia de análisis. Si bien en análisis uno *hystoriza* para el analista en búsqueda de la verdad de su deseo, después del análisis es una *hystorización* por sí mismo, que implica el testimonio, es decir, lo que se construye post análisis una vez que se ha recibido el título de AE y que va en contra de la figura del supuesto al saber.

El fin de análisis se encuentra marcado por la prueba de la verdad, verdad que se conoce es mentirosa, pues su entramado es una ficción que construye el mismo sujeto y se encuentra comandada por la vertiente imaginaria del fantasma. La verdad como una *me-songe*, como mentira, pero también como un sueño en donde el inconsciente es partícipe y del cual el sujeto despierta al final de su análisis. La verdad tiene relación con el espejismo instaurado en la relación transferencial con el analista, fundamentalmente con aquel como sujeto supuesto al saber. Por ende, el fin de análisis requiere también su caída. A partir de este momento, el fin de análisis se encuentra atravesado no por la verdad de la causa del deseo, por el asidero del deseo, sino por la satisfacción, por su puesta a prueba: el fin, ya está.

Para concluir con aquello que concierne al pase diré lo siguiente “[...] designé mediante el pase, esa puesta a prueba de la *hystorización* del análisis, absteniéndome de imponer a todos dicho pase, porque en esta ocasión no existe el todo, sino dispersos mezclados”. (1976, p. 62) Dispersos

mezclados en relación a la Escuela, las Escuelas, pero siempre cada una de ellas como sujetos, en donde se reúnen sujetos ante el principio del libre *aggionamento* para sostener en ella el discurso analítico y su porvenir.

Capítulo 3: El psicoanálisis, su aplicación terapéutica

El auge de las prácticas cognitivo conductuales se fundamenta en la inmediatez de su aplicación. Práctica mediatizada por la ilusión del “para todos”, se sirve de protocolos que pretenden cuantificar, medir y predecir las conductas, pero además concebir al ser humano como un objeto al servicio de procedimientos científicos. Una práctica basada en *tests* y protocolos busca homogenizar el tratamiento del malestar subjetivo, clasificarlo y darle una respuesta antes que se formule una pregunta, descartando por completo el tiempo de comprender las particularidades del síntoma en cada caso. El costo de estos tratamientos es finalmente la dimensión subjetiva misma, el cercenamiento de la singularidad, la reducción de la condición de sujeto a la de objeto.

Son prácticas que además operan por sugestión. Se enfocan en lo que debería ser según el discurso social de la época, lo que deberían conseguir un ser humano según la etapa de su vida en la que encuentra y por ende sostiene los ideales que el Otro (institucional, familiar, social) determina; lo cual ya habla de la transferencia con la que opera. Una transferencia artificial, que no parte del sujeto del inconsciente, que no construye el sujeto de deseo, sino que encuentra sus raíces en la promoción que realiza el discurso social de aquel método en términos de efectividad y eficacia. El problema con los ideales que promueve el Otro es que la felicidad se ha convertido en uno de ellos. Las consecuencias de esta afirmación desembocan en la patologización de la vida cotidiana, es decir, convertir en un trastorno cada aspecto de la vida, tal como ha trabajado la psiquiatría desde sus inicios. Es desde el psicoanálisis que es posible hacer frente a los ideales, operando más bien desde la falta. Sin embargo, hay que preguntarse lo siguiente.

¿Con qué trabaja el psicoanálisis? A lo largo de este trabajo se ha mencionado un concepto en repetidas ocasiones: la singularidad. Pero, ¿qué es lo singular? Hay que tener en cuenta dos consideraciones: 1) lo singular del lado del sujeto, el analizante y 2) lo singular del método analítico, teniendo en cuenta que este se conjuga con el primero.

“Lo singular no se parece a nada: ex–siste al parecido, está *fuera* de lo que es común” (Miller, 2012, p.97), contrario a lo particular. Lo particular es aquello que hace clase, que forma parte del conjunto, puede como tal ser un elemento que guarda relación con otro y con lo cual un sujeto puede hacer lazo con otro: una afición, un ideal, una ideología, la pertenencia a un lugar; todo aquello puede ser clasificado, pues marca un horizonte cuyo soporte es el Otro del lenguaje y la cultura.

¿En qué se sostiene lo singular? En el sujeto mismo. Lo singular es tautológico al sujeto mismo, a lo que designa su modo particular de gozar que excluye el sentido, el cual puede elevarse hasta el estatuto de nombre propio: un goce que es inherente al *sinthome*.

La consideración de lo singular como horizonte de la práctica analítica, funda sus bases en concebir al síntoma, al malestar subjetivo, incluyendo sus raíces como únicos según cada sujeto, sujeto atravesado por una historia, que incluye elecciones precedidas por su modo de gozar. Solo aquel sujeto puede dar cuenta de su malestar, de sus vivencias, de su relación con el Otro y con su propio cuerpo; aquello no se encuentra inscrito en ningún protocolo, manual o test y por más que la ciencia lo intente, siempre hay un real que escapa de sus maniobras homogenizantes, un real que insiste y que es equivalente a la dimensión singular del sujeto.

“Lo singular requiere el instante de ver, lo hace prevalecer, modela sobre este entender”. (Miller, 2012, p. 102) La práctica analítica no se precipita en responder antes de que el sujeto logra formular una pregunta sobre su ser, implicarse en su malestar y poner en juego su deseo de rectificar su posición subjetiva respecto al goce. Es decir, que esta práctica considera los tiempos lógicos de sujeto, sitúa un instante de ver, un momento de comprender y un tiempo de concluir, todos ellos mediatizados por las transferencias desplegadas en el análisis y sostenido por el deseo del analista.

Por lo cual vale ahora precisar, ¿cuál es la utilidad práctica del deseo del analista? Teniendo en cuenta que este es un deseo de mantener la diferencia absoluta, es entonces el deseo que opera con dando lugar al sujeto del inconsciente, haciéndolo responsable de su palabra, de la discrepancia pero

también la relación que existe entre el enunciado y la enunciación. Es el deseo que, en tanto vaciado de significación común, posibilita que el sujeto despliegue sus afectos, enunciados y actos sin ser juzgado. Ese soporte que brinda el deseo del analista tiene efectos terapéuticos. No es el simple hecho de que apalabrar el malestar alivia, sino que alivia porque hay un Otro que se vuelve destinatario de aquello, que lo escucha sabiendo que allí hay un sujeto que se encuentra en la búsqueda de la causa de su deseo.

La singularidad de la práctica analítica es que aquella es única e irrepetible tanto para cada caso, como para cada sesión; por esta razón la eficacia del psicoanálisis no puede medirse ni cuantificarse con estadísticas, sino con el testimonio mismo de quienes se sumergen en la experiencia. Si bien a medida que prosigue un tratamiento analítico la transferencia y el tipo de interpretación está sujeto a variar, lo que debe perdurar en él es el deseo del analista por sostener la cura desde la singularidad misma del caso; no sin supervisión, trabajo en el cartel y el constante análisis personal.

Presentación de casos clínicos

Como se ha mencionado anteriormente, la práctica analítica acoge lo singular de un sujeto, trabaja con ello, reconociendo la opacidad del goce en la estructura. Con el enunciado de Lacan de no retroceder ante las psicosis, es posible una práctica analítica con estos sujetos. Una práctica que no deja de suscitar interrogantes según lo singular de cada caso, aún más teniendo como perspectiva el estudio de las psicosis ordinarias, psicosis suplenciadas, con finos, discretos o rimbombantes arreglos ante la ausencia del significante paterno o el regulador fálico. Lo curioso de estas suplencias, o arreglos es que no siempre logran acotar la desmesura del goce, o abrocharlo con la imagen del cuerpo y el sentido. Por ende, son sujetos que se encuentra proclives a neodesencadenamientos, pequeños desenganches que demuestran una afectación en el sentimiento de vida y que se pueden expresar de manera subjetiva, corporal o social.

A continuación serán presentados dos casos clínicos atendidos por el autor. Ambos sujetos psicóticos con una peculiar relación con el Otro, por ende se evidenciarán impases a nivel de la transferencia a lo largo del

tratamiento de cada uno. Sin embargo, lejos de rendirse ante aquello, existía un deseo inherente a la práctica clínica misma: el deseo del analista por sostener la cura, contrario al ideal de *furor curandis* sobre el cual se asientan las prácticas conductistas. Lo que primaba en estos tratamientos es el poder alojar a aquel sujeto: reconociendo su sufrimiento subjetivo, siendo recipiente de su sufrimiento y en transferencia encarnar un Otro distinto al habitual para cada uno de ellos, un Otro que operaba siendo la excepción del conjunto.

Caso 1: Lo insoportable de la locura

En el contexto de una institución educativa, es solicitado se atienda a León, un niño de 7 años, a causa de frecuentes impases con sus compañeros y dificultades para seguir las reglas del salón. Entre los significantes que acompañaron la derivación se encuentra uno bastante singular: es insoportable. ¿Para quién?

En el primer contacto con León, se abalanza hacia el terapeuta y lo abraza fuertemente, pero además, se frota contra su cuerpo. En la oficina lanza los juguetes en el suelo y los golpea, acompaña sus golpes diciendo que ellos “han sido muy malos y deben ser castigados”. El terapeuta pregunta en varias ocasiones por aquello sin tener respuesta alguna de León. A posterior se pudo comprender que a más de que la transferencia no se había instalado, la relación de León con el Otro tenía sus particularidades. No solo por el hecho de ser constantemente castigado por algún impase en el aula o por la serie de reproches que el Otro le hacía por sus “travesuras”, sino porque León no había acogido al Otro, ni el Otro lo había acogido a él: para el Otro institucional este sujeto era insoportable, no había encontrado manera de hacerle soporte desde su singularidad, y para León la relación con el Otro se había construido desde la increencia, es decir que este no era garante de ninguna oferta simbólica.

En siguientes sesiones, la labor del terapeuta consistió en dejar de interrogar a León y más bien interpretar su juego. La monotonía acompañaba su juego, sin embargo, en una ocasión surge un nuevo elemento: lanza a la basura a uno los juguetes, enunciando que se lo merece por ser “el más malcriado”. En intentos del terapeuta por rescatar aquel juguete, León lo

detiene, no sin que el primero enuncie “debe estar triste”; lo cual incide en que León introduzca en su juego la expresión de sentimientos. Usualmente los juguetes estaban muy bravos, peleaban entre ellos y él determinaba que era imposible que se reconcilien. En uno de los juegos, añade una singularidad sobre la relación del protagonista con los otros: nadie lo quiere. El terapeuta remarca “¿nadie?” y decide hacer un corte. A partir de ese momento, León le solicita que lo acompañe hasta el salón y en el camino le pregunta qué habían hecho los juguetes, si se habían portado bien o mal, si los castigaría o no. En este momento es claro que se ha instaurado una relación transferencial, que León ha podido alojar al Otro porque este se ha situado como la excepción del conjunto, como un lugar vacío, en el cuál el sujeto puede ser.

Dentro del juego de León insistía un significante, desprovisto de sentido: abandono. Siendo adoptado y teniendo conocimiento de aquello, cada que sus padres se ausentan del hogar a causa de viajes, León se descompone. Sin efectuarse un desencadenamiento a la manera clásica, se puede decir que en estos momentos la manía aflora en el cuerpo y el significante en lo real insiste, se desengancha progresivamente de su cuerpo y del Otro. En esos momentos la labor del terapeuta era bastante compleja, pues estando León desenganchado de cualquier relación con el lenguaje y el sentido, solo era posible jugar con la posición del muerto que propone Lacan, pagando con lo más íntimo de sí con tal de sostener la dirección de la cura y haciendo uso de su presencia como soporte imaginario de lo que al sujeto le falta. Tanto el silencio como el contacto entre los cuerpos, servían como límite al desenfreno de goce manifiesto en su cuerpo.

Cabe aquí mencionar que la relación de León con su cuerpo era muy llamativa. Solía manipular sus secreciones, pegar su cuerpo fuertemente al de los otros, correr desenfrenadamente y acompañar sus enunciados de una risa sardónica. Con estas manifestaciones se puede tener una lectura de la desmesura del goce que habitaba en su cuerpo a causa de la ausencia de medida fálica. En reunión con docentes se descubre la fascinación de León por el arte, su habilidad para las manualidades y el apaciguamiento que le trae la creación. En sesión descubre la plastilina y decide inventar ropa para los juguetes, acompañándolo en el proceso, el terapeuta se deja enseñar por él.

En otras ocasiones hacen cubiertas también para sus dedos, manchan sus manos de colores y cuando lo hace es sutil en su acercamiento al cuerpo del otro. El arte funciona como un sutil arreglo a la falta de apropiación del cuerpo, pudiendo recortar algo del goce en su cuerpo y direccionándolo hacia el campo del Otro, apaciguando sus manías.

El tratamiento de León dura aproximadamente dos años, no sin impases e interrogantes llevados al control, una constatación por la invención y consideración por los tiempos lógicos del sujeto, pero además el descubrimiento de las coordenadas del deseo del analista que opera como soporte del tratamiento. Es así que el lazo que construye León con el terapeuta no es exclusivo. A medida que avanza el tratamiento le es posible relacionarse con otras figuras de la institución, cumplir con ciertas demandas y seguir algunas normas del salón. Relación que solo es posible con periódicas reuniones con el personal docente, en las cuales se manifiesta el deseo de alojar a León desde su singularidad.

Caso 2: Un grito tras otro

André, un adolescente de 14 años, es llevado a consulta por su abuelo a causa de una discusión entre él y su madre; en aquella discusión, su madre menciona que “lo único que quiere de él es que sea feliz”, enunciado que lo deja perplejo y a posterior le despierta gran agresividad hacia su familia.

Cabe mencionar que un año antes del tratamiento, este joven experimenta un franco desencadenamiento y una sucesiva internación hospitalaria. Su familia circunscribe aquel episodio acompañado de otro: el descubrimiento de la sexualidad del abuelo. Lo curioso es que a partir de aquel momento, surge una extenuante hostilidad hacia la pareja de su madre, al punto de no soportar su presencia, voz ni mirada.

André estaba convencido de que su familia lo injuriaba e insultaba por chat y aun revisando sus celulares, la idea no se marchaba de su cabeza, lo cual constituía una certeza. En sesión comenta que se sentía “empujado a hacerlo, sin entender el porqué”. Recuerda su estadía en el psiquiátrico, las terapias y medicamentos, sin que haya rastros de la prehistoria de aquel

encuentro con lo real; considera que cualquier detalle que su familia mencione del evento “es una mentira” o “un acto de manipulación”.

El primer tramo del tratamiento giró en torno a agujerear al gran Otro del cual se sentía aún violentado: José, el esposo de su madre. Un par de sesiones luego del inicio del tratamiento, surge una segunda discusión familiar en la que André es expulsado de casa y empieza a vivir con su abuelo.

Narra en sesión algunos detalles que conoce de la infancia de José: una infancia llena de problemas con sus padres, crisis económicas y enfermedades, “una infancia en la m..., da pena”; cita que el terapeuta remarca. Aquella intervención permite desplazar la cuestión hacia un recuerdo de su infancia: se llevaba bien con José, compartían gustos y aficiones, le enseñó sobre videojuegos y deportes. Para André, José era un buen amigo de su madre y él lo consideraba de igual manera. La relación se torna hostil una vez que su madre es desposada por José y empieza a vivir en casa con ellos. André no soportaba concebir que José tomase el lugar del padre. Lo curioso de aquello es que el padre de André estuvo siempre ausente, no solo en presencia sino en función y por ende no hay rastro algún de inscripción del significante paterno. Para André, José era símil del encuentro con Un-Padre, una figura hostil que lo enfrentaba con el vacío de la forclusión.

Las sesiones transcurren hablando de lo mucho que detesta a José y de los maltratos que siente recibir de él. Añade no soportar que su madre pretenda que él sea parte de su familia, él se siente externo a los ideales de su madre y cada que ella propone sostenerlos, él cae en perplejidad y en sucesivos episodios de violencia; es decir, que su perplejidad ocurre cuando su madre se vuelve un gran Otro para él.

André concluye que la única manera de tolerar a José es que este no le dirija la palabra, exceptuando los saludos y alguna cuestión rutinaria del hogar. “Quiero ser un huésped en casa, nada más”, conclusión que André solicita comunicar en sesión a su madre. Luego de escucharlo, su madre se niega. Entre reclamos e insultos de ambos, su madre menciona que André “la vuelve loca”. A pesar que el terapeuta intenta remarcar alguno de los enunciados de André, nota que su palabra pierde efecto y la sesión se

transforma en un campo de batalla que lo tenía como un espectador, del cual no se esperaba nada más que su presencia. Gritos iban y venían. Finalmente se realiza un corte aludiendo a la última frase pronunciada por André “por hoy basta...”

A partir de ese momento, tanto André como su madre deciden cortar comunicación el uno con el otro. André asistía puntualmente a las sesiones, aun cuando estas se tornaban en un espacio de silencio prolongado. Solía iniciar preguntando cuándo creía el terapeuta que debía regresar a casa de su madre, a lo cual respondía ocasionalmente preguntando si él lo deseaba y en otras que aquello no dependía de él. En este segundo tramo del tratamiento André propuso enlistar requerimientos para volver a casa, entre los cuales insistía en no tener relación alguna con José. Hasta el momento, el lugar posible de la transferencia se situaba en tomar su palabra a la literalidad y valorarla como tal, es decir, operar como un secretario de la manera que Lacan lo propone para el tratamiento con las psicosis.

No podría decirse que el tratamiento de este joven culminó, pero sí que las sesiones cesaron una vez que emerge un real que descoloca los ideales de su madre. Cercanos a la matriculación del nuevo año lectivo, la madre se dispone a comunicarse con André diciéndole que debe retomar sus estudios; a lo cual él accede solo si ella habla con José y le trasmite su conclusión: que este no le hable. En primera instancia la madre afirma aquella petición, pero días después la niega. A partir de ese momento, André solicita tener sesiones con su madre para “decirle lo que piensa”; aquellas transcurren entre gritos y amenazas. Rechazando la opción de estudiar, André propone que le consigan trabajo; pero, al igual que la primera petición, esta le es también negada. Un grito tras otro. Nuevamente el terapeuta está ahí tan solo como un envase que recepta la palea de ambos.

En una de las últimas sesiones, la madre amenaza con llevarlo a vivir con su padre. Luego de más gritos, la sesión culmina con un “vamos a pensarlo bien” por parte de André. En esa ocasión el terapeuta nota que al salir ambos se van riendo, se cogen de las manos y se tratan con cariño. A

raíz de la supervisión del caso, el lugar de la transferencia se volvía aún más claro: el terapeuta era, tal como menciona Lacan, un basurero.

La dirección de la cura, hasta el punto que duraron las sesiones, consistía en prestar con su presencia un espacio donde depositar los desechos subjetivos de cada quien, aguantando comentarios de toda índole. Al finalizar posteriores sesiones se repetía la escena: abrazos y cariños. Se gritaban en sesión, para soportarse en la cotidianeidad. El análisis era lo único que les permitía soportar el real que representaban el uno para el otro, la locura de cada uno. Sin embargo, esto no hubiese sido posible sin el análisis personal, que ayudó a determinar las coordenadas del deseo del analista en el caso, deseo de sostener la cura, liberado de toda satisfacción masoquista proclive del aguante.

Capítulo 4: Marco metodológico

Enfoque metodológico

El enfoque de este trabajo es cualitativo, debido a que los conceptos de transferencia, acto analítico y deseo del analista no constituyen categorías medibles. La demostración de la operatividad y eficacia de los conceptos mencionados no puede validarse por medio de datos estadísticos, sino desde el caso por caso, lo cual compromete la dimensión subjetiva y a su vez el inconsciente, el deseo y el goce.

Hernández (2014) destaca entre las principales características de este enfoque la posibilidad para reformular el problema planteado en cualquier etapa del trabajo, flexibilidad en cuanto a la indagación teórica, aproximación de los hechos en su contexto natural, tal como se describe en los casos clínicos.

Podría añadirse que este enfoque es tanto naturalista como interpretativo, pues pretende determinar el sentido de los fenómenos manifiestos, intentando explicarlos desde su singularidad. Adicional a lo mencionado, se debe tener en cuenta que el autor es también el terapeuta a cargo de los casos clínicos y por ende, enlazado con el concepto de transferencia y deseo del analista, es partícipe de la experiencia analítica y su participación está sujeta a ser también interpretada con tal de demostrar la utilidad de los conceptos.

Método

Los métodos utilizados son: exégesis de textos y la casuística.

En primer lugar, la exégesis permite realizar una revisión de literatura enfocada en la selección de textos a partir del problema planteado, tomando en consideración la posibilidad de reformulación del mismo a medida que avanza la investigación. En segundo lugar, se enfoca en intentar transmitir de la manera más fiel posible la intención del autor sobre sus teorías y conceptos. En este trabajo se ha realizado un recorrido teórico que considera los distintos tiempos lógicos de las enseñanzas de Freud, Lacan y Miller, con este método es posible hacer hincapié en la enseñanza que al momento de sus

conferencias o escritos deseaban transmitir, no sin que aquella a futuro esté sujeta a enriquecimientos o cambios.

La casuística se vuelve indispensable para este trabajo, pues como tal permite la articulación de los conceptos formulados con la práctica clínica del psicoanálisis. “La casuística del psicoanálisis se emplea para mostrar cómo funcionan en la práctica reglas o principios de la teoría, partiendo de la presuposición de que las interpretaciones doctrinarias no son inflexibles ni literales”. (Levy, 2012, p. 36)

Este método enlazado al psicoanálisis, considera la singularidad de los casos, de tal manera que será posible demostrar la relación entre el acto analítico, en tanto silencios, interpretación o mera presencia encarnada por el semblante, con el deseo del analista que opera a lo largo del tratamiento de los sujetos en cuestión. La redacción de los casos no se enfoca en las anécdotas, pues no es una anamnesis ni historial clínico, sino en resaltar los detalles encontrados tanto con los significantes del paciente como los del terapeuta, la relación de aquella práctica con los conceptos a demostrar.

Técnica

Las técnicas utilizadas son: la lectura intertextual e intratextual.

Tal como lo indica Pérez (1998), en un primer momento es necesario realizar una lectura intertextual de una obra, con el fin de comprender lo que aquel quiere realmente transmitir. En este trabajo se empieza desde los postulados freudianos del psicoanálisis, teniendo como perspectiva asentar las bases de la teoría tal como inicio el psicoanálisis con su fundador. El paso hacia los textos y seminarios de Lacan y Miller se dio en un segundo momento, realizando una lectura intratextual, lo cual plantea una discusión de las ideas y afirmaciones planteadas, así como la elección sobre la utilidad de los planteamientos acorde al problema de investigación. Sin embargo, debe aclararse que en ocasiones fue necesario retornar a Freud para esclarecer lecturas posteriores. Es decir, maniobrar entre la intertextualidad e intratextualidad, para concluir en una extratextualidad que permite situar enunciados claves de las obras, que además ayudarían a complementar la casuística diseñada, tal como se realizó al remarcar las variantes de la

posición del analista en los distintos momentos del tratamiento y el sostenimiento del deseo del analista como soporte de la cura.

Sujeto de investigación

Para demostrar la utilidad de los conceptos de este trabajo, se decidió presentar dos casos clínicos, elegidos intencionalmente y llevados a supervisión para poder cernir su pertinencia. Ambos son sujetos psicóticos que fueron atendidos por el autor, el primero un infante y el segundo un adolescente.

Cronograma de actividades

Las actividades que comprometen la elaboración de este trabajo se encuentran descritas en el siguiente cronograma.

CRONOGRAMA DE ACTIVIDADES	AÑO 2017							AÑO 2018				
	Octubre	Noviembre	Diciembre	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre
1. Definición del tema, problema y objetivos												
2. Revisión de la literatura												
3. Desarrollo del marco teórico y casuística												
4. Redacción del marco metodológico												
5. Elaboración de conclusiones y recomendaciones												
6. Redacción de la versión final del trabajo												
7. Elaboración del informe final del trabajo												
8. Entrega de física del trabajo												
9. Sustentación												

Elaborado por: el autor.

Conclusiones

La práctica psicoanalítica se sostiene a partir del deseo del analista, deseo inherente al análisis, pero que se constituye desde el Uno, de aquel sujeto que ha trabajado en su propia experiencia de análisis el desencanto con los ideales de eficacia y eficiencia que promueve el discurso social, tomando distancia del *furor curandis*, pagando con la reducción de su nombre a la condición de significante cualquiera con tal de sostener una práctica donde prima el no todo.

El deseo del analista es el deseo por sostener la cura con su palabra y su presencia en tanto la dinámica de la transferencia lo permita. Es la apuesta por el sujeto del inconsciente como responsable de su relación con la sustancia gozante. Es también un deseo manifiesto como excepción a la proliferación de prácticas en donde prima la inmediatez y la aplicación de protocolos como tratamiento de cesación del síntoma que trae como consecuencia la escisión del sujeto del inconsciente.

La interpretación se transforma en acto analítico en la medida que el analizante, sujeto del inconsciente, se sumerge dentro de la experiencia de un análisis y ubica al analista en el lugar de objeto a, causa de su deseo, haciendo uso de él como cualquier otro objeto en donde se depositan los desechos. Teniendo en cuenta que el acto interpretativo apunta a conmover, acotar o rectificar la relación del sujeto analizante con su singularidad de goce por medio de la implicación subjetiva de su malestar. Por ende, el acto analítico podría concebirse tanto como la interpretación breve, alusión o cita de los enunciados del analizante, la presencia en cuerpo del analista, su silencio y escansiones o el lugar mismo donde se despliega la sesión (institución o consultorio).

La relación entre acto analítico y deseo del analista se sustenta en dos ideas puntuales. La primera, como sostén de la dirección de la cura, estando el analista inmerso en la transferencia y sirviéndose de ella para su actuar. La segunda, como presencia del no todo en relación al saber del analista, posición operativa de un análisis contraria al entusiasmo, con el propósito de alojar al sujeto desde su singularidad. El deseo del analista se manifiesta en

el encuentro con el deseo del analizante, su operatividad y eficacia se comprueba en los testimonios del acto. Siendo la transferencia el concepto que articula ambas nociones; una dinámica en donde el analista reduce su nombre al significante cualquiera, con tal de sostener la dirección de la cura, paga con sus presencia, palabra y la reducción de lo más íntimo de sí. Sin la transferencia consolidada, el deseo es meramente fantasmático y el acto una palabra que cae en el vacío.

Recomendaciones

A la universidad:

Promover y sostener el discurso analítico no es posible sin la demostración de su práctica clínica, sobretodo siendo una práctica que aloja la singularidad y cuyo método mismo se sustenta en ella. Es por esto, que resulta necesario mantener espacios de presentaciones y discusiones de casos clínicos, que permitan despertar el deseo por el estudio del psicoanálisis, su experiencia y práctica.

A quien lea este trabajo; estudiantes de psicología, psicólogos o analistas:

Mantenerse insatisfechos con su formación, tomando como ejemplo el incansable trabajo de Freud y Lacan, poniendo a trabajar su deseo al servicio del sostenimiento del discurso analítico en los distintos espacios de la ciudad, sabiendo que existe una Escuela que sostiene y reanima los lazos con el psicoanálisis desde la singularidad de cada quien. Teniendo en cuenta que es la única institución, que aloja al psicoanálisis distanciándose del reconocimiento del discurso del amo.

Bibliografía

- Chamorro, J. (2017). Precisiones sobre la interpretación lacaniana. En *¡Interpretar!* (pág. 14). Buenos Aires: Grama.
- Freud, S. (1886). Carta 52. En *Obras completas, Volumen I: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896). Etiología de la histeria. En *Obras completas, Volumen III: Primeras publicaciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). El método de la interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático. En *Obras completas, Volumen IV: La interpretación de los sueños* (pág. 125). Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1900). La desfiguración onírica. En *Obras completas, Volumen IV: La interpretación de los sueños* (pág. 177). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). *Obras completas, Volumen VI: El chiste y su relación con lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas, Volumen XII: Trabajos sobre la técnica psicoanalítica y otras obras (1911-1913), "Sobre un caso de paranoia descrito auto-biográficamente (Caso Schreber)"* (págs. 115-117). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Iniciación del tratamiento. En *Obras completas, Volumen XII: Trabajos sobre la técnica psicoanalítica y otras obras (1911-1913), "Sobre un caso de paranoia descrito auto-biográficamente (Caso Schreber)"* (pág. 115). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En *Obras completas, Volumen XII: Trabajos sobre la técnica psicoanalítica y otras obras (1911-1913), "Sobre un caso de paranoia descrito auto-biográficamente (Caso Schreber)"* (págs. 99-105). Buenos Aires: Amorrortu.

- Hernández, R. (2014). Definiciones de los enfoques cuantitativo y cualitativo, sus similitudes y diferencias. En *Metodología de la investigación*. México D.F.: Interamericana Ediciones.
- Lacan, J. (1916). Descomposición estructural. En *El Seminario 8: La transferencia* (pág. 354). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1954). Análisis del discurso y análisis del Yo. En *El Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud* (pág. 108). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1954). El concepto de análisis. En *El Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud* (pág. 404). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1955). "Vengo del fiambbrero". En *El Seminario 3: La psicosis* (pág. 75). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1955). El Otro y la psicosis. En *El Seminario 3: La psicosis* (pág. 47). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1955). La cosa freudiana. En *Escritos 1 y 2* (págs. 412-413). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1957). La significación del falo en la cura. En *El Seminario 5: El deseo y su interpretación* (pág. 453). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 1 y 2* (págs. 568-594). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y sus principios de poder. En *Escritos 2*.
- Lacan, J. (1958). Las máscaras del síntoma. En *El Seminario 5: El deseo y su interpretación* (pág. 330). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960). Al principio era el amor. En *El Seminario 8: La transferencia* (pág. 18). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960). Crítica de la contratransferencia. En *El Seminario 8: La transferencia* (págs. 210-217). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960). Decorado y personajes. En *El Seminario 8: La transferencia* (págs. 44-45). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1960). La transferencia en presente. En *El Seminario 8: La transferencia* (págs. 210-217). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1963). El grifo de Piaget. En *El Seminario 10: La angustia* (págs. 303-304). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). De la interpretación a la transferencia. En *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pág. 262). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). Del Trieb de Freud y el deseo del psicoanalista. En *Escritos 1 y 2* (pág. 833). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1964). En ti más que tú. En *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pág. 284). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966). Función y campo de la palabra. En *Escritos 1 y 2* (pág. 233). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1967). Clase 1. En *El Seminario XV: El acto psicoanalítico* (pág. 1). Kriptos.
- Lacan, J. (1967). Clase 2. En *El Seminario XV: El acto psicoanalítico* (pág. 16). Kriptos.
- Lacan, J. (1967). Clase 4. En *El Seminario XV: El acto psicoanalítico* (pág. 32). Kriptos.
- Lacan, J. (1967). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros escritos* (págs. 262-272). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1970). La feroz ignorancia de Yahvé. En *El Seminario 17: El reverso del psicoanálisis* (págs. 144-145). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972). La rata en el laberinto. En *El Seminario 20: Aún* (pág. 167). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973). Nota italiana. En *Otros escritos* (págs. 328-331). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1973). Televisión. En *Otros Escritos* (págs. 545-546). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975). Del uso lógico del sinthome, o Freud con Joyce. En *El Seminario 23: El sinthome* (pág. 18). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1976). Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11. En *Intervenciones y textos 2* (págs. 60-62). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1988). La tercera. En *Intervenciones y textos 2* (pág. 81). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (2012). Joyce el síntoma. En *Otros escritos* (pág. 593). Buenos Aires: Paidós.
- Levy, E. (2013). Decir bastante sin decir demasiado. En *La casuística de Lacan* (pág. 36). Buenos Aires: Grama ediciones.
- Miller, J. (1996). Apología a la sorpresa. En *Entonces: "Sssh"*. Barcelona: Eolia.
- Miller, J. (1996). El olvido de la interpretación. En *Entonces: "Sssh"* (págs. 15-17). Barcelona: Eolia.
- Miller, J. (1996). La interpretación al revés. En *Entonces: "Sssh"* (pág. 11). Barcelona: Eolia.
- Miller, J. (2001). El desbroce de la formación del analista. En *Introducción a la clínica lacaniana* (págs. 529-533). Barcelona: RBA Libros.
- Miller, J. (2012). Lo que hace reír. En *La fuga del sentido* (pág. 374). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2012). Posición del analista. En *Sutilezas analíticas* (pág. 55). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2012). Singularidad. En *Sutilezas analíticas* (págs. 97-102). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2012). Tres modalidades de un análisis. En *Sutilezas analíticas*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J. (2014). Síntoma y sinthome. En *Piezas sueltas* (pág. 71). Buenos Aires: Paidós.

Pérez, J. (1998). Elementos para una teoría de la lectura. *Revista Colombiana de Psicología*, 239-244.



**Presidencia
de la República
del Ecuador**



**Plan Nacional
de Ciencia, Tecnología,
Innovación y Saberes**



SENESCYT

Secretaría Nacional de Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación

DECLARACIÓN Y AUTORIZACIÓN

Yo, Miguel De la Rosa García con C.C: # 0922913983 autor del trabajo de titulación: El acto analítico y su relación con el deseo del analista, previo a la obtención del grado de **MASTER EN PSICOANÁLISIS Y EDUCACIÓN** en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tienen las instituciones de educación superior, de conformidad con el Artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la SENESCYT a tener una copia del referido trabajo de graduación, con el propósito de generar un repositorio que democratice la información, respetando las políticas de propiedad intelectual vigentes.

Guayaquil, 26 de octubre de 2018

Miguel De la Rosa García



**Presidencia
de la República
del Ecuador**



**Plan Nacional
de Ciencia, Tecnología,
Innovación y Saberes**



SENESCYT
Secretaría Nacional de Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación

REPOSITORIO NACIONAL EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA

FICHA DE REGISTRO DE TESIS/TRABAJO DE GRADUACIÓN

TÍTULO Y SUBTÍTULO:	El acto analítico y su relación con el deseo del analista en la dirección de la cura.		
AUTOR(ES) (apellidos/nombres):	De la Rosa García, Miguel		
REVISOR(ES)/TUTOR(ES) (apellidos/nombres):	de Hanze Landívar, Mayra		
INSTITUCIÓN:	Universidad Católica de Santiago de Guayaquil		
UNIDAD/FACULTAD:	Sistema de Posgrado		
MAESTRÍA/ESPECIALIDAD:	Maestría en Psicoanálisis		
GRADO OBTENIDO:	Master en Psicoanálisis y Educación		
FECHA DE PUBLICACIÓN:	26 de octubre del 2018	No. DE PÁGINAS:	67
ÁREAS TEMÁTICAS:	Psicoanálisis		
PALABRAS CLAVES/ KEYWORDS:	Psicoanálisis, Deseo del analista, Transferencia, Acto analítico.		
RESUMEN/ABSTRACT:	<p>Desde Freud es posible notar un deseo inherente a su práctica en la búsqueda del sentido de los síntomas histéricos. Concibiendo la transferencia como soporte de la interpretación de síntomas, sueños y lapsus, se formula la labor del analista como sostén mismo del análisis, alojando al sujeto en su singularidad. La interpretación como es concebida por Freud, se fundamenta en el levantamiento de la represión y su principal vehículo es la palabra. Con Lacan la cuestión se complejizará al punto de cuestionarse sobre el estatuto mismo de acto analítico, sus incidencias en la transferencia y la participación del analista en ella. Para dilucidar el estatuto del deseo del analista, es necesario considerar los dispositivos que promueven la formación del analista. La supervisión, el análisis personal y el trabajo en cartel ligado a la Escuela. Teniendo en cuenta que es una formación constante, siempre en torno a un vacío imposible de llenar. La utilidad de la práctica analítica y en consecuencia del deseo del analista debe verificarse en la práctica clínica, considerando el caso por caso, tanto por las singularidades del sujeto que consulta como las singularidades del tratamiento mismo. La exégesis de los textos de Freud, Lacan y Miller, permitirán definir con claridad los conceptos: deseo del analista, transferencia y acto analítico, así como establecer su relación, para finalizar con la presentación de casos clínicos trabajados a partir de la casuística lacaniana, cuyo fin es demostrar la utilidad de aquellos conceptos.</p>		
ADJUNTO PDF:	<input checked="" type="checkbox"/> Sí	<input type="checkbox"/> NO	
CONTACTO CON AUTOR/ES:	0994855391		
CONTACTO CON LA INSTITUCIÓN:	Nombre: Rosa Delia Toro García		
	Teléfono: 042 380 4601 ext. 2731		
	E-mail: rosa.toro@cu.ucsg.edu.ec		
SECCIÓN PARA USO DE BIBLIOTECA			
Nº. DE REGISTRO (en base a datos):			
Nº. DE CLASIFICACIÓN:			
DIRECCIÓN URL (tesis en la web):			